



CASAMIENTO DE LA PRINCESA BEATRIZ, hija de la reina Victoria.—(Pintado por R. Catón Woodville.)

jugo de corazón. Alma cándida y sensible consagrada desde la infancia al amor de la naturaleza, del estudio y del trabajo, á la pacífica sombra del hogar paterno en el retiro de una población comercial de segundo orden, José Jacinto Milanés pudo desarrollar sus propensiones afectivas lejos de la atmósfera viciada que en las grandes capitales deslumbra y pervierte á la juventud. La sencillez patriarcal de su familia; el afán con que desde muy niño buscaba esparcimiento y deleite poniéndose en contacto directo con la naturaleza, contemplando la excelcitud de los montes, la transparencia de los ríos, la espléndida vegetación de las tropicales campiñas, el incesante bullir de los dilatados mares, todo favorecía su predisposición á engolfarse en abstracciones melancólicas llevado en alas de una soñadora idealidad muy propia de su carácter, pero rara vez compatible con las asperezas que constituyen la realidad de la vida. De esa ingénita inclinación del poeta al dolor y á la melancolía da razón una de las composiciones más antiguas que contiene la colección de sus obras, la titulada *Lágrimas*, escrita en 1835, en la cual se expresa de este modo:

Cuando, al destrozarse el seno  
Maternal, me vi en el mundo,  
Y cual pay! de un moribundo  
Mi hora primera sonó,  
Cuentan que mi labio lleno  
De amargo reír, gemía,  
Y por la mejilla mía  
Una lágrima rodó.

Joven ya, vi la hermosura,  
Como en su mente abrasada  
Ve el árabe una mirada  
Pura, azul, de amante harí.  
Amé una beldad perjura:  
Olvíde, y en dura calma  
Desprendíse de mi alma  
Lágrimas de acibar vi.

La impresionabilidad de Milanés era muy á propósito para encender vivas pasiones; pero el ideal de amor que se había forjado no debía ser fácilmente realizable, á juzgar por los dolores y amarguras que los desengaños le produjeron. Vémosle así quejarse ya de una *beldad perjura* cuando apenas había cumplido veintitún años, y le oímos exclamar, creyendo haberla olvidado:

Pero al par que eché del pecho  
Una hermosura mezquina,  
La poesía divina  
Cual bálsamo puse en él.

Sin embargo, la pasión amorosa era tan activa y eficaz, ahondaba y arraigaba tanto en el alma de nuestro poeta, que el bálsamo de la poesía no pudo curarlo; y á lo mejor, cuando él más presumía de haber dominado y vencido hasta el recuerdo de la mujer ingrata, respiraba por la herida sin poder sobreponerse á sí propio, dejando ver que el olvido era en su pecho menos fuerte que el amor. Ejemplo es de ello lo que decía en 1836 (un año después de escritos los versos anteriormente citados) al cantar las delicias de *La Madrugada*.

Ya que la mucha extensión que va tomando este trabajo,

no permita trasladar aquí íntegra esa bellísima composición, cumple á mi propósito citar las siguientes redondillas:

Después, como entré en más años  
Y como vi una hermosura,  
Tuve por triste locura  
Ver sol, montes y rebafíos.  
¡Qué ingrato fui! — Pero bien  
Se vengó naturaleza:  
Aquella ingrata belleza  
Olvídóme con desdén.  
Vertí un mar de llanto; el alma  
No se me hallaba sin ella:  
Al fin una amiga estrella  
Dolíose y me puso en calma.  
¡Oh, qué dolor tan agudo  
Es olvidar!.... Pero al cabo,  
Rotos los grillos de esclavo,  
Curóme el médico mudo.

Si se repara en el contexto de las últimas estrofas de *La Madrugada*; si se atiende sobre todo á lo que expresan los versos finales donde el autor, necesitado de un alma que comparta su cariño, lamenta con amargura no encontrar para sí la cariñosa correspondencia que descubre entre los demás seres y objetos de la creación, se comprenderá sin esfuerzo que un hombre del temple poético de Milanés, entregado á la prosaica labor diaria de los escritorios de comercio, sin ninguna de las distracciones ó preocupaciones sociales que pudieran apartarlo de sus pensamientos amorosos, concentrado siempre en sí mismo, fijo constantemente en memorias ó ensueños que le atormentaban, se exaltase cada vez más y propendiese á caer en los abismos de la demencia.

La cura que no pudo efectuar por completo el bálsamo de la poesía, hubo de efectuarla el tiempo, á quien Milanés denomina felizmente *médico mudo*. Danlo á entender las hermosas décimas de la composición titulada *Su Alma*, escrita en 1841. En ella encuentro lo que sigue:

En otro tiempo, con frente  
En que el pesar se grababa,  
Yo por el mundo cruzaba  
Trascuente-indiferente.  
Un desengaño inclemente  
Hirió como daga aguda  
Mi alma indefensa y desnuda;  
Y reprimiendo el dolor,  
Iba buscando el amor  
Impelido por la duda.  
Vi dulces y hermosos seres;  
Y cuando con castos fines  
Buscábales serafines,  
Los encontraba mujeres.  
Sólo hallé sed de placeres,  
Vanidad, ternura incasta;  
Nada del amor que gasta  
El corazón en que nace,  
Que en sí mismo se complace  
Y que á sí mismo se basta.  
Y cuando el alma herida  
Dijo, con honda amargura,  
Al amor: — Tú eres locura,  
Y á la ilusión: — Tú eres nada  
Ideaste tú, mi adorada,  
Y cerrando al fin mi herida,  
Te dije, dando salida  
Al desengaño pasado: —  
¡Tú eres mi amor ignorado!  
¡Tú eres mi ilusión perdida!

Desde entonces, prenda mía,  
La fe que me abandonaba,  
Como fugitiva esclava  
Al pensamiento volvía.  
Desde aquel próspero día,  
Muerta mi antigua tristeza  
Pedí amor, pedí belleza  
Á Dios, poeta grandioso,  
En ese poema hermoso  
Que llaman naturaleza.

Y vi que el alma sabida  
Que asida de su dolor  
Deja el jardín del amor  
Por el yermo de la duda,  
Es sobremañera ruda;  
Por donde se pueda ver  
Que siempre hay en la mujer  
Algo puro de los cielos;  
Que son hermanos gemelos  
Sentir, amar y creer.

Grande debía ser el entusiasmo que le inspirase la mujer á quien se refiere en los anteriores versos, cuando le hacia exclamar:

¿Quién en mi negro interior  
Vierte luz consoladora,  
Sino tú, mi dulce aurora?  
¿Quién me enseña que es felice  
Más que el rencor que malíco  
La resignación que llora?

¿Sería tal vez la encantadora belidad á quien tan apasionadamente se dirige la misma que tachaba de perjura años antes, rendida al fin por virtud de la resignación y constancia de tan fino amador? Indúcenme á sospecharlo algunas especies contenidas en las precedentes décimas y algo de lo que expresan las que siguen:

Ay! En aquellos momentos  
En que conversando á solas  
Nos van llevando las olas  
De los vagos pensamientos,  
Colmado de sentimientos  
Pedí á Dios, meditabundo,  
Que me llevase á otro mundo  
Más venturoso y mejor,  
En donde fuese el amor  
Más candido y mas profundo.  
Mas ya que vivir en éste  
Me impone Dios, lo bendigo;  
Porque al fin vivir contigo  
Ha sido bondad celeste.  
¿Qué me importa que denuestre  
Mi ideal filosofía  
Una mordaz ironía,  
Si hallo contra este rigor  
Mi gloria, que es hoy tu amor,  
Tu amor, que es mi poesía?

En efecto, el amor de Milanés no participaba del furioso y grosero sensualismo á que rendían tributo por aquella época muchos poetas que blasonaban de innovadores idealistas. Lo que era su amor nos lo dice él mismo con la enérgica virilidad y gallardo estilo que se advierten en esta décima, digna de la elevada manera de pensar y sentir de Ausias March ó de Petrarca:

Porque ese amor, frenesi  
Que las entinas devora,

Hoguera atormentadora  
Que rompe fuera de sí,  
No es amor digno de tí  
Ni digno de mi laúd.  
Sino el que es placer, salud,  
Paz, esperanza, consuelo,  
Apacible como el cielo,  
Dulce como la virtud.

Fuera de los admirables y apasionadísimos versos *A Higiara* de mi fraternal amigo el sabio historiador y anticuario D. Aureliano Fernández-Guerra, en nuestra lírica de la regeneración romántica no encuentro composición ninguna que supere en sinceridad de emoción ni de expresión á esta poesía de Milanés, espejo donde claramente se reflejan la bondad y pureza de su alma. Dicho sea con los respetos debidos, en el copioso repertorio poético de Zorrilla no hay nada de ese género que se le parezca.

Contradiciendo en cierto modo mi conjetura relativa á la mujer que pudo inspirar al cisne del Yucayo la composición titulada *Su Alma*, halló al final de su libro un soneto escrito en 1843, es decir, el año mismo en que perdió la razón. Se titula *Esperanza*, y dice así:

Cuando despunta en el dormido cielo  
La blanca y pura luz de un alma día,  
Suelo decir á la ventura mía:  
¿Vendrás tal vez á coronar mi anhelo?  
Mas cuando tiende el somrosado velo  
La noche tarde por la estera umbrina  
L'osa perdido al fin mi alma vacía  
Aquel placer, que examinado es duelo.  
¿Esperar, esperar es la sentencia  
Que la fatalidad aterradora  
Señala á aquel que nuestras breñas pisa?  
Pero menti: la dulce Providencia  
Me ofrece un sol, como me dió una aurora,  
Y ese esplendente sol brilla en Bclisa.

Si este *sol* era distinto de la *aurora* que antes le había dado la Providencia, es de presumir que algún accidente imprevisto lo nublase ó hiciese desaparecer, malogrando de nuevo las esperanzas é ilusiones del apasionado vate y contribuyendo á ocasionar el trastorno de su razón. El ya citado prologuista de la traducción francesa de las poesías de Plácido, á quien tiene infundadamente por *el más gran poeta de la raza hispano-americana de Cuba*, dice que Valdés, con motivo del fallecimiento de su adorada Fela, cayó enfermo de dolor y estuvo fluctuando algún tiempo *entre la muerte y la locura*. Vemos, pues, que los ingenios matanceros (pues Gabriel de la Concepción nació también en Matanzas) eran de extraordinaria vehemencia, y por lo tanto extremadamente sensibles á los efectos de la pasión amorosa. Víctima de ella pienso yo que hubo de sucumbir Milanés, al extremo de vivir sin vida muy cerca de cuatro lustros, sin duda porque su organización, menos vigorosa y resistente que la de Plácido, estalló al fin á impulsos de la contrariedad y del dolor, por no satisfacer su anhelo con la dulce correspondencia y legítima unión del objeto amado. En cambio Valdés llegó á desahogar su amargura en multitud de composiciones inspiradas por la memoria de la querida Fela, circunstancia que más adelante no le impidió unirse á otra mujer en lazo matrimonial.

Sea de ello lo que fuere; dando de mano á investigacio-

nes y conjeturas sobre un misterio que hoy no puedo desvanecer, simplemente advertir, para poner las cosas en su verdadero punto y apreciar con exactitud, no sólo el carácter lírico del inspirado cantor de *La Madrugada*, sino la forma externa de sus poesías, que maneja con más acierto y fluidez los versos cortos que los endecasílabos ó de arte mayor; y que si todas sus composiciones dejan ver los nobles instintos y generosos sentimientos que le eran conaturales, en nada se manifiestan mejor ni de un modo tan ingenuo como en aquellas poesías dictadas por afectos propios ó por impresiones recibidas directamente en la contemplación de la naturaleza. Sin desdeñar ni proscribir

\*  
*La pompa estéril de la tautit rima,*

como decía el arrebatado poeta cubano Joaquín Lorenzo Luaces, José Jacinto Milanés brilla más cuanto más se aleja de la presuntuosa y grandilocuente inspiración de la poesía filosófico-social para entregarse á las expansiones del sentimiento y del amor en asuntos sencillos ó familiares. Si los bellos pensamientos suyos que dejó transcritos no bastasen á demostrarlo, comprobaríamlo á todas luces, entre otras composiciones de cierta originalidad y de castizo sabor cubano, las rotuladas *El nido vacío*, *Invierno en Cuba*, *La Guajirita de Yumuri*, *La fuga de la tórtola*, *Un día de invierno* y *De codos en el puente*, en la cual consigna de este modo el fin nunca desmentido á que se proponía llegar en las filosófico-sociales, nada inferiores ciertamente á las de esa clase que bosquejaban por aquel tiempo los ingenios de nuestra Península:

Amante ardoroso del arte divino  
Que e sparce los rayos del claro saber,  
Secretario constante de squéllas ideas  
Que al lento progreso le sneltan el pie,  
Deshndo de fuerza, privado de apoyo,  
Eugasto en la rima, que sabe correr,  
Los gritos, los ecos de hermosa cultura  
Que atajan los males y tñandan al bien.

Pero la composición donde quizás encuentre más en relieve la sensibilidad y ternura del poeta es la titulada *Mi hermano*. Muerto el menor de los de Milanés, pusiéronlo de cuerpo presente cubierto de flores y rodeado de cirios. Era entonces costumbre en Cuba, é ignoro si seguirá siéndolo aún, que los parientes y amigos de la casa donde había fallecido un niño pasasen la noche velando el cadáver y celebrando durante la velación como una especie de festín con cantos y danzas. Á esas singulares reuniones dábase allí el nombre de *velorios*. Refiriéndose al de su hermano dice Milanés:

. . . . . En el corredor  
Yo en juego alborotador  
Con mis amigos reía;  
Y óera, en muda actitud,  
Ocupaba un ataud  
Parte de la vida mía.  
. . . . .  
Pasó esta noche cruel:  
Acomó el sol, y con él  
Vino mi padre y mi hijo:  
«Ve donde todo hombre es:  
Lléva á tu hermano, y allá  
Haz que me lo entierren, hijo.»

Entonces me estremeci:  
Bajé mi frente y seguí  
Á mi hermano al campo santo;  
De más juegos me acordé ...  
Y por la calle, no sé  
Cómo contruve mi llanto.  
Llegamos al fin los dos:  
Yo estaba lleno de Dios,  
Lleno de arrepentimiento.  
Y al dar al entierrador  
Aquella tronchada flor,  
Me puso á verla un momento.  
Su mejilla angelical  
Era en el color igual  
Al fiel alba cuando brilla;  
Pero al mirarla ... ¡ay de mí! ...  
Una gran lágrima vi  
Que rodó por su mejilla!  
Pero la lágrima ¿no  
Fué rocío que vertió  
Algún ramo en su faz bella? ...  
No sé ... — Mas lo que vi yo  
Fué que mi hermano se hundió  
En la eternidad con ella!

Esta poesía, escrita en 1837, es también de las que había compuesto el autor meses antes de que empezaran á difundirse y popularizarse en Cuba las composiciones de nuestros más célebres innovadores románticos.

Con lo dicho basta para que se forme idea de la índole y carácter de Milanés y se pueda quilatar su mérito como poeta lírico. Veamos ahora hasta qué punto es estimable como autor dramático.

Los lectores saben ya cuáles fueron las obras escénicas que dejó terminadas ó por concluir, y que *El Conde Alarcos* ha sido la más aplaudida y celebrada. ¿Qué cosa es el drama *caballeresco* (denominación que puso en moda García Gutiérrez) á quien el voto de Mataizos debe gran parte del renombre que goza entre sus paisanos? Procuraré contestar á esa pregunta según mi leal saber y entender.

*El Conde Alarcos* es una tragedia romántica más parecida á ciertos poemas escénicos que se compusieron y representaron en nuestra Península durante el período de transición desde el trasnochado clasicismo al triunfo definitivo de la escuela regeneradora, que á las creaciones franca y decididamente románticas del género de *Don Álvaro*, de *El Trovador* ó de *Los Amantes de Teruel*. Aunque posterior á esas obras inmortales, con la que tiene *El Conde Alarcos* más semejanza, en la sobria manera de concebir y desarrollar la acción y en su privativo espíritu literario, es con el *Macias* de Larra, bien que de estilo más castizo y de más flúida y espontánea versificación.

Fundado en el antiguo romance de Pedro de Riaño, el drama de José Jacinto se atiene á él en la gradación de los hechos sustanciados con mayor fidelidad que lo hicieron Lope de Vega, Mira de Amézcuea y Guillén de Castro, aquél en *La fuerza lastimosa*, donde lleva la acción al reino de Irlanda, éstos en sus respectivas *comedias famosas* tituladas también *El Conde Alarcos*. A pesar del entusiasmo que profesaba á tan insignes maestros, á dos de los cuales menciona para hacer constar que su obra no se parece á la de Lope ni á la del egregio dramático de Goadix donde se trata el mismo asunto, Milanés tiene el buen acuerdo de no imitar al Dr. Mira en los repugnantes horrores que amontona en las últimas escenas de su acto primero. Atendiendo á lo

que eran el gusto especial de aquella época y las exageraciones que á la sazón alcanzaban tanta boga, deben tenerse por doblemente meritorios, no sólo el sencillo plan y bien graduado interés de *El Conde Alarcos*, sino el acierto del autor en la pintura de caracteres y en la naturalidad con que da calor á la expresión de los afectos. Así no se aglomerasen y atropellasen los sucesos de un modo poco verosímil durante el último acto. La figura de Leonor, víctima inocente de reconrosa venganza, es en realidad una creación muy bella.

Más aún que en *El Conde Alarcos*, donde el diálogo de las escenas escritas en verso octosílabo corre con gallardía no igualada en las demás (salvo la VI del acto segundo entre el Conde y la Princesa Blanca, dialogada superiormente en endecasílabos rimados), se conoce en *Un poeta en la corte* el bien meditado estudio que había hecho Milanés de nuestros grandes dramáticos de los siglos de oro. Enamorado de la riqueza, frescura y lozanía de su estilo, imítalo hábilmente sin dar en arcaísmos pedantescos, huyendo con sana crítica del rebuscado conceptismo, del alambicamiento en frases é ideas, de la hinchada nebulosidad del churriguerismo culterano que á veces empaña ó desluce las creaciones de aquellos portentosos ingenios. Engañase, no obstante, el hermano de nuestro poeta cuando asegura que esta producción, considerada como obra de teatro, es muy superior á *El Conde Alarcos* por su movimiento y por su objeto moral. Ni éste se descubre de un modo claro y persuasivo á través del cúmulo de inverosimilitudes que constituyen la acción, ni los repetidos lances, imposibles en la realidad, que forman el tejido de la fábula tienen virtud suficiente

para interesar á nadie, por provenir de caracteres ó de pasiones eminentemente falsos. Fuera de que, refiriéndose el autor á la época de nuestro Felipe IV, la pinta de capricho con un espíritu democrático á la moderna (cándido y bonachón en el fondo, pero de formas acres ó exageradas) que arguye ignorancia de la verdad histórica, y lo que es peor tratándose de un dramaturgo, total desconocimiento de los naturales accidentes de la vida humana. Ni en aquella época ni en ninguna han existido seres tan neciamente malvados como el Duque de Miranda de *Un poeta en la corte*, ni como la cuadrilla de majaderos sin pudor á quienes acude para el logro de sus planes.

Mejor encaminado iba el poeta milanés en el primer acto y en la parte del segundo que corre impresa de su drama *Por el puente ó por el río*, imitación, como ya se ha dicho, de una comedia del fénix de los ingenios.

El proverbio dramático rotulado *Á buena hambre no hay pan duro* es obra demasiado inocente, aunque bastante bien versificada. La escena primera entre Miguel de Cervantes y su esposa doña Leonor de Cortinas, escrita en octavas reales, contiene algunas muy felices.

En resolución, Milanés, que en *El Conde Alarcos*, de igual modo que en su atinada versión de la *Cristina* de Dumas, revela dotes no comunes para la poesía escénica, habría llegado á ser un dramático de los más notables (atendidas su buena preparación y su excelente manera de dialogar) si el mal acerbo que perturbó su juicio en la flor de la juventud le hubiese dejado adquirir, no en los libros, sino en el tráfigo del mundo, mayor conocimiento de la sociedad y de los hombres.

MANUEL CAÑETE.

## ¡POBRE DE TÍ!

Me hablabas de ternura, de poesía,  
de tu amor ideal,  
y eres más insensible que la roca  
á los besos del mar.  
Yo te juzgaba flor de dulce cáliz,  
de aroma embriagador,  
y eres la amarga adelfa, á quien el cielo  
su perfume negó

Que era tu pecho oasis venturoso  
necio me figuré,  
cuando sólo es un páramo infecundo,  
tristeza y aridez.  
Fantasma, sombra, muerte de mi dicha, ...  
¡muy desgraciado fui!  
Pero aunque tanto daño me causaste,  
¡tú eres más infeliz!

EDUARDO SÁNCHEZ DE CASTILLA.





ALDEANA HOLANDESA.

(Dibujo del natural, por P. Wagner.)

# LA ENCAJERA



ADA por el mundo una artista de quien nadie hace caso, y es la que sirve de epigrafe al presente artículo. Nosotros la hemos conocido en el país de su nacimiento, hemos admirado sus obras, la hemos visto trabajar, hemos estudiado su vida y sus costumbres, sabemos algo de su historia, que ella misma desconoce tal vez, y vamos á presentarla al público tras de las mallas de la rica labor que sale de sus manos.

El encaje es, en efecto, la piedra preciosa de la industria manufacturera. Parece mentira que con un hilo de simple extracción y sin otros componentes que el ingenio humano, se fabriquen joyas que alternan si no compiten con las de oro y pedrería. Sin duda para que todos los reinos de la naturaleza tuviesen su aristocracia, el mineral dió el diamante, el animal la perla y el vegetal el encaje. Sólo que los dos primeros son frutos espontáneos de la creación y no llevan en sí más que la rareza de su hallazgo, mientras que el último es un producto de la labor humana desde su fundamento, y un rasgo de inventiva y habilidad manual en su estructura.

Se ignora la verdadera historia del encaje, como se ignora la de todo lo pequeño que se agranda; pero no cabe duda en que su aparición es de mediados del siglo XIV, y que su cuna es Flandes. Españoles son los primeros que aparecen adornando sus vestidos con randas de Bruselas y los que introducen la moda en Francia en tiempos de Luis XIV. Pero ¿cómo son aquellos fieros castellanos los primeros que se afeminan con esta frivolidad encantadora? Para nosotros está fuera de duda que el adorno en su origen no era afeminado, sino guerrero; y deducimos la teoría, por libre que parezca, de la observación que se desprende al estudiar la indumentaria histórica.

Entre los siglos XIII y XIV se verifica la transformación del traje militar, pasando de metálico á dúctil; la armadura acerada cede su puesto á la piel curtida, y como en los usos y costumbres nunca se alteran las formas radicalmente, sino que se escalonan por suave gradación, los primeros vesti-

dos de piel fueron semejantes á las últimas armaduras de metal: al hierro sucedió el cuero, mas el combatiente continuaba vestido del mismo modo. Espalda y peto, calzón y mangas, polainas y guanteletes de los primitivos tercios españoles, que eran los que por aquel tiempo daban la norma al mundo, constituyen una armadura, más racional y más expedita ciertamente, pero una armadura como las de la Edad Media. Al desterrarse ésta, no era ya el bárbaro blindaje de un cuerpo que se cubría de escamas; era el vestido caballeresco y marcial del soldado que aspira á que se conserven por la forma las tradiciones de su fuerza. Despojábase de hierros para pelear, y se cubría de ellos nuevamente para cantar el triunfo; habíalos abandonado como prenda de uso, y sólo los exhibía como prenda de uniforme. Así se explica únicamente el lujo de las armaduras que se ven en nuestros museos.

Ahora bien; mirando con atención las aldetas de las corazas, las uniones de petos y espaldares, los puños de las manoplas y cuantos adornos constituyen la coquetería, digámoslo así, de las últimas armaduras, no hay que extrañar que se echasen de menos en el primer traje que se adoptaba, y tanto más recordando que al cuero sucedió bien pronto el tejido, y que el tejido tomó desde su origen proporciones de belleza y de fausto. En Flandes, pues, idearon la imitación de las cinceladuras y randas de los metales que se perdían para introducirlas en los cordobanes picados y festoneados primeramente, y en las telas después con que se confeccionaba el traje militar; y si esta nuestra inducción aparece con visos de fundamento, ya no será aventurada la teoría de que los primitivos encajes fuesen trasunto de fortaleza antes que signo de afeminación.

Carlos el Temerario, hijo de Felipe el Bueno de Borgoña, fundador de la orden del Toisón de Oro, perdió sus encajes en la batalla de Granson peleando cuerpo á cuerpo con los suizos. La historia lo consigna como si el valeroso rey hubiera perdido la caballería, un brazo ó un hijo. En la ciudad de Brujas, la Toledo del Norte, cuyos edificios y templos de los siglos XIII, XIV y XV son verdaderos museos de todas las artes; donde el estilo ojival aparece mezclado con el mudéjar de España en magníficas y bien conservadas construcciones; donde se exhiben los sitiales y escudos de los primeros caballeros del Toisón; donde se veneran los cuadros maestros de Van-Oost y de Memling, pintores de primera clase, casi desconocidos entre nosotros; donde se guarda el *Cofre de Santa Ursula*, inestimable joya de miniaturas al óleo, debidas al dulce pincel del último de los artistas nombrados, cuya contemplación compensa el viaje á la ciudad; donde las obras de Van-Dick, Caravaggio y Miguel Angel alternan con las de los más célebres pintores flamencos en

justa y buena lid; donde las huellas de Carlos V y Felipe II se hallan en todas partes, desde la gran torre-fortaleza que domina la provincia y el mar, émula de nuestra Giralda y más ostentosa y complicada que ésta, aunque no tan bella, hasta la gran chimenea del Palacio de Justicia, única tal vez en el mundo, ideada por el emperador y rey en memoria de la batalla de Pavia; donde nos vengan, por fin, de las injurias de la historia presente las maravillas que les creamos y ofrecimos en los tiempos de atrás, se encuentra también, decimos, el sepulcro del atrevido príncipe que sostuvo la gran guerra con Luis XI de Francia y pereció en el ataque de Nancy.

La estatua yacente de Carlos *el Temerario*, que cubre su sepulcro en *Nuestra Señora de Brujas*, es de bronce dorada á fuego, innovación extraña en la materia de su biznieto Carlos V; pero con pertenecer al guerrero que perdió sus encajes en Granson, está revestida de armadura sin ningún signo de telas ni brocados, cual si el príncipe no los usase. Esto explica la dualidad de vestes con que se peleaba ya entonces, ó por mejor decir, el uso constante de los cueros y telas para el vestido de campaña, con preferencia á la armadura ó prendas aceradas de uniforme. El artista cincelador reproduce en los adornos de peto y guanteletes el dibujo floreado de los que hemos supuesto encajes de hierro y cuero, predecesores de los que ornaban después tisús y veludillos de los trajes de guerra.

## II.

¿Dónde, pues, se habría provisto el *Temerario* de aquellos encajes que perdió? Los de Brujas dicen que allí mismo, en su propia patria, donde el encaje nacía. Los italianos dicen que en Italia, donde hay trazas anteriores del punto de aguja. El punto de aguja, sin embargo, es inferior al de palillos, que constituye el verdadero encaje; por manera que, aun concediendo al punto de Venecia la primacía, no aparece el encaje verdadero sino en los Países Bajos como arte, y en Brujas especialmente como industria. Así consta en un tratado de comercio con Inglaterra, fechado en la última ciudad á fines del siglo XIV, y consta también en un lienzo que hemos visto en la iglesia de San Gomaro, de Lierra, pintoresca y antiquísima villa de la provincia de Gante, donde una muchacha trabaja el encaje con palillos sobre cajón ó tamborete, como se practica hoy.

Tenemos, por consiguiente, que en los albores del siglo XV no sólo la industria está formada y extendida, sino que comienza á alarmar á los Gobiernos como lujo dispendioso y desordenado. Los tercios españoles adornan con encajes sus vestimentas mucho antes que las damas del país; puesto que las damas, justo es decirlo en su honor, son precedidas en Flandes, y en Francia mismo, por la aristocracia de la Iglesia y de la magistratura. En la corte de Francisco I sólo los obispos y magistrados toman del traje militar la nueva randa que viene del extranjero; algunas señoras de elevada alcurnia los imitan en sus tocas de ceremonia; pero el uso no se extiende esta vez, y ni durante los reinados de Enrique IV ni de Luis XIII consigue el encaje gran fortuna.

Sólo cuando las costumbres españolas triunfan en Paris, y las modas de nuestros caballeros se hacen modas de Francia, es cuando el punto de Bruselas se generaliza y avalora. Era el tiempo de los grandes sombreros de fieltro y de los disformes collarines blancos: la blonda flamenca armoniza perfectamente con aquel extraño conjunto de bazarra y de elegancia. Los nobles la adoptaron, como ya dijimos; tras de la aristocracia la clase media, y de ésta amenazó al pueblo, cuando el Parlamento de Francia vota una ley prohibiendo su introducción, ya que no le bastó antes decretar su desuso. Por la misma época la Gran Bretaña declara los encajes flamencos perjudiciales á la industria del país y les cierra las puertas de sus aduanas. España misma, que reconoce por industria propia el punto de Bruselas, y que responde á la prohibición de los ingleses con cerrar sus puertas á los cotones británicos, legisla en la península sobre su uso. Pero ¿quién pone trabas al capricho humano? Desde que el encaje flamenco se declara ilegal, todos convienen en adquirirlo: ya no se lleva únicamente en el pecho y en las mangas, sino en los calzones, en las botas, y las damas hasta en sus atavíos interiores. Con Luis XV el encaje de Flandes reina sobre todas las telas y sobre todas las joyas; nada favorecía tanto á las mujeres, ni nada se adaptaba tanto á la vanidad de los hombres. La chorrera se alarga hasta formar una especie de gallardete: los puños cubren la mano; sobre la cabeza de las damas flotan velos de excesiva magnitud; vestidos de encaje lucen las cortesanas de mayor renombre; la blonda, en fin, se hace el dispendio más temible de la fortuna pública.

Y lo peor es que toda esa riqueza va al extranjero; por lo cual, y viendo que era inútil oponer con leyes sancionadas un correctivo al veneno de oro que se perdía, Colbert, el gran Colbert, discurrió una ley superior á las prohibiciones: la ley de la concurrencia; y por artificiosos modos, así como había arrancado á Venecia la industria de los vidrios, envía á Flandes por encajeras, monta una fábrica con arte, y de este atrevido intento resulta el punto de Alençon. En España, según acabamos de indicar, se expulsen también odiosos condenando los encajes; se señala hasta la cantidad de ellos que pueden usar las señoras de cierto rango; se anatematizan en el pulpito, se les recarga con enormes derechos de introducción, y la guerra llega á ser tan cruda, que produce un resultado parecido al de Francia: los flamencos se vienen de su país, y crean entre nosotros el punto de Almagro. En Inglaterra comienzan á quejarse los fabricantes de tejidos y obligan al Gobierno á levantar la prohibición de los encajes en gracia de la reciprocidad, y como el encaje es también muy lucrativo, lo ensayan en los pueblos más industriados y se crea el punto de Irlanda. Todas las naciones siguen el impulso de la opinión y de la moda: en Alemania se hace el punto de Clovenza, en Italia el de Sorrento, y donde quiera que hay buen gusto y deseo de agradar, esto es, en todos los países civilizados, se desarrollan hasta industrias provinciales que multiplican indefinidamente, si no la imitan, la apariencia del encaje flamenco.

Ya entonces los Gobiernos levantan mano en el asunto, é imponiendo un gravámen sobre la industria, se contentan con él.

## III.

El modelo de los encajes existe en la propia naturaleza: las arañas son las primeras encajeras del mundo. El mundo en cambio las honró con el epíteto de *industriosas*, que sólo por compensación á una positiva ventaja pudo otorgarse; y estudiando la trama matriz de su tejido, los círculos y los ángulos de la segunda trama, el delicado y admirable conjunto de toda su labor, que debía producir un pasmoso efecto en la sombra, hubo de ocurrírsele á una mujer, que no á un hombre, la imitación de tan preciosa industria. El hombre, viendo caer la manzana, dijo: «Los cuerpos caen.»—La mujer, contemplando á una araña tejer, debió decir: «Los encajes pueden hacerse.»

Ahora nuestra opinión la circunstancia de que los verdaderos encajes se fabrican como la araña teje sus telas. Un solo hilo tan largo como es necesario, y los dedos del artífice, son todo el componente de los encajes. Se ha dicho con el énfasis de una revelación económica, que un pedazo de hierro que vale algunos céntimos y el ingenio del hombre producen miles de reales en muelles de reloj. Mas importancia merece, en nuestro sentir, la idea de que con un ovillo de hilo que vale algunos reales, y los dedos de una mujer, se produzca una alhaja de miles de pesetas. Así es la verdad efectivamente. El punto ó randa de Bruselas puede de un solo hilo. Estudiemos su forma.

La encajera está sentada en una silla ordinaria, y coloca sus pies en alto contra una banqueta ó otra silla. Sobre su falda tiene un cajón de madera cuadrado, cuya tapa se inclina hacia delante á modo de atril, y cubriendo ésta hay una almohadilla redonda que sobresale lo suficiente para que puedan ser utilizados sus bordes en vuelta circular. La almohadilla es convexa y muy estirada; todo el aparato se maneja con sencillez. Las flores ó adornos del encaje han sido dibujados en un papel azul y picoteado con aguja, de modo que al sentar el papel sobre la cubierta de la almohadilla, el verdadero dibujo se trasluce en blanco. Allí se la fija con alfileres muy finos, y hecho esto, cubrese la totalidad del cajón con un paño de hilo, también azul, en cuyo centro aparece un agujero redondo como una peseta. Por él se perfecciona el encaje, sin que las manos toquen en su labor.

Desde la primera puntada, ó por-mejor decir, apuntado el primer hilo, que se desarrolla de un palillero de tres pulgadas de largo, mitad carrete y mitad puño, se comienza la combinación de otros once palilleros, que son los que alternan en la trama, y con los dedos de la mano izquierda, que simulan tocar teclas de piano, y unos alfilerillos sutiles que se van clavando con la derecha, fórmanse las hojas ó adornos, sin que se descubra nunca, como ya hemos dicho, más porción que aquella insignificante del trabajo. El color azul de las telas facilita la visibilidad de los hilos capilares en la randa y favorece los ojos de la trabajadora. Hasta aquí la parte preliminar del artífice.

Formadas ya las flores ó dibujos que han de constituir los relieves del encaje, principia la verdadera habilidad, la gran habilidad de la artista. Un segundo dibujo de mayor extensión, estos, el conjunto total de la obra imaginada, se coloca sobre

un trozo de lule como el que las señoras usan para sus frivolidades domésticas; cubierto el cunil á su vez por un puño azul agujereado, dúctil todo para que pueda plegarse á las inflexiones de los dedos, permite á la encajera comenzar su inconcebible obra. Con una aguja sutil de centímetro y medio, enhebrada por un hilo más sutil todavía, va rellenando los huecos de las piezas, merced á ese punto de tal, sólo comparable á la tela de araña, que distingue y avalora la encajería. La igualdad de las puntas ha de exceder á la que produjera una máquina; el arte de la labor ha de dar á las flores su figura, su matiz, su gracia, su naturalidad; cada cuerpecillo de los aislados ha de venir al punto que se le asigna en el dibujo, con la forma, intención y objeto que tiene previsto el dibujante; y en suma, la traza principal de toda la prenda ha de irse subordinando á cada uno de los pormenores de la ejecución.

Asombra visitar un taller de encajeras. Los cuerpos encorvados, las rodillas alzadas, los ojos sobre el paño ó tapete, las agujas y el hilo perdiéndose entre las ráfagas del aire, los palillos que al parecer se enredan entre los dedos, tanta atención, tanto cuidado, tanta minuciosa puleridad en constante ejercicio desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche.... ¡Ah! las señoras no saben lo que llevan cuando arrastran encajes por los salones.

La encajera tiene que nacer. Hay en este arte mucho de predisposición natural para ejercerlo, y así se explica cómo, siendo el encaje uno mismo en su invención y formas, cada pueblo haya adoptado un punto diferente en su factura. ¿Por qué la diversidad de sistemas, sino procurando aprovechar la diferencia de aptitudes? ¿Cómo las maestras que van de Flandes á España, á Francia, á Inglaterra y á Italia, no prosiguen su tradición natural é introducen modificaciones en sus tejidos?

La encajera gana muy poco, aun cuando algo más que en las otras labores reservadas á su sexo. Ya hemos dicho que permanecen en la fábrica catorce horas, de las cuales dos dedican á comer y doce al trabajo. La remuneración de éste, cuando ya son oficiales, consiste en un jornal de dos pesetas, poco más ó menos: las artistas, las sublimes en el ramo, alcanzan tres, y en ocasiones extraordinarias alguna cosa más. Así y todo, sale carísima la labor, y vaya un ejemplo:—Nosotros conocimos á la oficiala que obtuvo premio con un pañuelo de mano en la Exposición universal de Filadelfia. La mujer habla invertido nueve meses día por día en su obra, y cobrado, por consiguiente, de jornales una suma de seiscientos setenta y cinco pesetas: añádanse ciento por lo menos que costaría el dibujo; otras ciento invertidas en material, hilos, luz, calefacción, etc., y resulta para la fábrica un desembolso líquido de novecientas pesetas próximamente. Ahora bien; atendiendo al capital que se necesita para la industria, á los riesgos de su expendición como artículo de lujo, á los gastos generales del establecimiento, contribuciones, mobiliario, dependencia y demás, no será exagerado presumir que se carga al encaje un cincuenta por ciento de sobreprecio; lo que equivale á creer que ese pañuelo de mano, el más diminuto que puede usar una dama, costará en la tienda, si se vende, mil quinientas pesetas, sin exageración.

Hay prendas, es sabido, de cinco, diez, veinte mil. Cualquiera velo de encaje de Bruselas puede exigir de una opera-

ria tres, cuatro ó más años de tarea; y traje ha habido de corte cuya labor representaría medio siglo, si no hubiesen trabajado á un tiempo muchas oficiales sobre él. En este caso se hallan la cubierta de un lecho que se fabricó para la emperatriz María Luisa de Austria, y el manto de boda que se hizo para la emperatriz Eugenia de los franceses; obras ambas del gran arte, que algún día se admirarán en los museos.

## IV.

La encajera no pierde la vista, á pesar del incesante trabajo de sus ojos; llegan á la ancianidad viendo perfectamente, ó con ayuda de unos simples cristales como cualesquiera otras personas. Ya hemos dicho que para precaver la distracción de la vista bordan únicamente sobre un agujero de poca circunferencia, y ahora añadimos que como casi la mitad del trabajo tiene que ejecutarse con luz artificial, desde el otoño hasta la primavera especialmente, se sirven de unas redomas de vidrio, blancas ó azules, para hacer pasar los reflejos del gas por la transparencia del agua. Lo que las infelices no suelen disfrutar es de una robustez física envidiable. Rostros macilentos, miradas tristes, vejeces prematuras, son los rasgos que distinguen á la encajera de la modista alegre, vivaracha y locuaz. Y es que los encajes son una cosa seria.

Casi no queremos ocuparnos de la industria que se llama de *aplicación*; esta es industria y nada más. Las florecillas y adornos de mano que las muchachas de los pueblos elaboran al amor de la lumbre ó guardando vacas en la pradera, vienen al mercado con las frutas y las aves para surtir los talleres de la ciudad. Sobre unos medios cilindros de madera, sostenidos por altos barriquetes en forma de mostradores, se ha fijado el dibujo de la prenda que se quiere encajar; sobre el dibujo se coloca una malla, y á la malla van adhiriéndose los trozos con costura de aguja, recortándose después las uniones por el sencillo método que emplean de ordinario las señoras en sus labores caseras.

Á nadie engaña, sin embargo, esta forma de confección. Media entre un encaje que se aplica y otro que se labra, la diferencia que entre un tapiz tejida y otro que se hace á mano. La habilidad, el arte y el buen gusto en lucha con la imperfección y la inexactitud de los resortes; el libre instinto oponiéndose á las leyes premiosas del engranaje; el alma humana sobressaliendo por encima de las esclavitudes de la materia bruta. Las máquinas son perfectas, efectivamente, pero no tienen nubes; hacen cuanto se las encomienda, pero sin gracia y sin donaire; carecen de momentos de inspiración, y no pueden dirigir esas miradas de soslayo que cambian de improviso la faz de un conjunto seco y uniforme por una faz simpática y deleitosa. Las máquinas son la desesperación del arte, pero contribuyen á la vez al enaltecimiento y la gloria de los verdaderos artistas. Desde que hay aparatos fotográficos que roban el dibujo á la naturaleza; desde que existe el torno de puntos que roba sus líneas á la estatua; desde que el código de las proporciones permite elevar unos arañazos de arquitecto á la categoría de edificios monumentales, los ojos de las gentes se contentan á menor coste; pero el alma de los artistas resplandece aun

más con sus rasgos originales y sus destellos de genio por encima de la exactitud tiesa y amanerada de los mecanismos.

Á nuestro pobre encaje le sucedió hace poco tiempo una desgracia. Este siglo XIX que todo lo inventa: el vapor que ha quitado su poesía á los viajes; el fósforo que ha quitado sus esfuerzos á la producción de la luz; la electricidad que ha quitado su confianza al abandono dulce del que espera; y hasta la ametralladora que mata mejor sin exigir varoniles impulsos ni provocar heroicos alardes; este siglo XIX, decimos, que todo lo inventa, inventó también el tul hace setenta años por ahora. El tul era la encajera de hierro, el mecanismo frío é indiferente, pero exacto, que produce con presteza y economía lo que hasta entonces costaba mucho trabajo y mucho oro. Las mujeres se enamoran del nuevo invento, que les facilita la ocasión de contrahacer por sí propias las alhajas de sus madres y abuelas. Pegado á un bastidor y con la ayuda de cualquier dibujo por debajo, todas saben bordar una tela parecida á la blonda. La fotografía de los hilos mató la miniatura de los pinceles, y las señoras retrataban los encajes por bajo precio, relegando á museos y colecciones los hermosos cuadros al óleo.

Pero hay una ley, descubierta también en el siglo presente, que conjura tamañas catástrofes: la ley de la vulgarización. Cuando el tul vulgarizó con su baratura el uso de los encajes, las damas comenzaron á observar que con el prestigio de las antiguas blondas perdían ellas su propio y tradicional prestigio. Bien pronto, pues, abandonaron esas perlas de cera y esos diamantes de Francia, que todo el mundo podía adquirir, por las perlas de Ceylán y los diamantes del Cáucaso, que no se fabricaban más que en Flandes. Relájose la opinión sobre el punto de Bruselas, y las blondas volvieron á ser blondas como el primer día.

Ni pudo suceder otra cosa. El siglo, en su afán de valerse de la máquina, no ya sólo para los objetos de industria, sino hasta para los del orden moral y filosófico, es también un siglo que se detiene y reflexiona, volviendo á cada paso la vista atrás. En los asuntos de moda, sobre todo, con igual ardor acepta las innovaciones como las olvida. Hoy que la vulgarización del correo exige de las personas distinguidas que envíen sus cartas á la mano; hoy que se vuelve á los yesqueros con eslabón y pedernal para producir la lumbre; hoy que se estila viajar á pie y con las alforjas al hombro (única manera, sin duda alguna, de conocer el mundo); hoy que se cambia una cartera de las más vistosas fotografías por la lámina antigua en cobre ó en acero que conserve trasuntos de arte humano, era imposible que la industria noble de la encajera fuese olvidada ni proscrita. Hoy es, por el contrario, la hora en que florece con todo su esplendor. Ciento cincuenta mil operarias ocupa en la actualidad la blonda de Bruselas, y á más de cuatrocientos millones de reales asciende cada año la exportación del rico producto para los países extranjeros. Existe y se engrandece cada día una academia de dibujo para blondas, que á la sazón produce verdaderos artistas. Las exposiciones universales están siendo un palenque donde la encajera belga lucha con el cincelador español é italiano, con el tapicero gobelino, con el porcelanista sajón, con el tallista alemán, con el mosaquista ruso. Hay ya pañuelo de Bruselas que se fabrica para que no entre en el bolsillo, sino para que ocupe un marco; y á la vez que con los tapices de cierta clase ya

no se alfombra, y los mosaicos de cierto género ya no se pisan, y en las tazas de cierto linaje ya no se bebe, del propio modo los mantos de Bruselas ya no se arrastran.

Para quien hay injusticia aún es para la infeliz de la encajera. Artista anónima siempre y todavía, sin derecho de firmar ni exhibirse; con su mendrugo de pan en una mano y un dedo de la otra sobre su frente, brotando arte como las florecillas de los prados brotan país, sin personalidad y sin gloria, nace en un convento de beatas con el hilo de holán por cadena, y se sepulta en la fosa común con la borra del hilo por todo bálsamo.

Á ti, pues, minuciosa mujer, emblema de mujeres honradas que prefieren morir en la actividad á vivir en la vergüenza y en la ignominia; á ti á quien nadie ha cantado porque nadie te conoce ni ve, pero á quien todo el mundo comprende y canta cuando te estudia; á ti que conviertes en mazorcas de oro los haces de agramiza del cáñamo, y en contornos vigorosos de luz las hebras capilares de las plantas, á ti te dedicamos nosotros estos renglones, como justísimo aunque humilde tributo de compensación á tu oscura existencia.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



S. M. LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA.

(Retrato pintado por Fowler, en 1840.)



« INVIERNO. »

(Composición y dibujo de H. Estevan.)

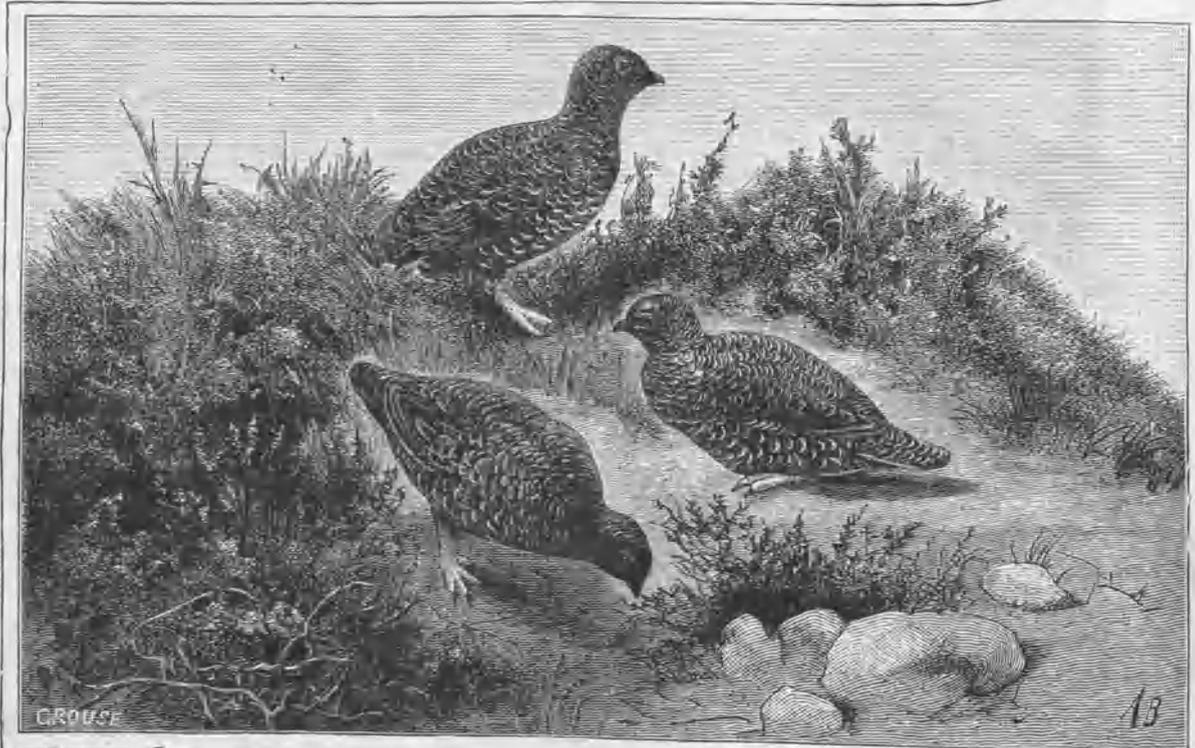
## 1.º DE SEPTIEMBRE.

(CUENTO DE CAZA.)

**H**ágase usted cazador—le dijo el médico;—no encuentro salvación para usted fuera de la caza!—; Ó la caza ó la apoplejia! Efectivamente, D. Plácido, rentista, empleado, unido á una linda mujer, autor de tres revoltosas criaturas, satisfecho de su existencia, de su fortuna, de su posición, de su mitad, de sus hijos, de sus amigos y de sus adversarios, había engordado tanto, que no tenía ya fuerzas para llevar de un lado á otro su persona.

¡Hágase usted cazador!—Fácil es decirlo; tan fácil como decirle á un elefante: ¡Eche usted alas!

D. Plácido pasó algunos días triste, sin resolverse á un cambio de existencia tan grave; pero su mujer interrumpió



sus meditaciones diciéndole: «Hay que hacer lo que el médico aconseja: te debes á tu mujer y á tus hijos: mañana saldre contigo y compraremos todo cuanto necesites para cazar.» D. Plácido lanzó un suspiro de resignación; podía luchar contra el médico; contra su mujer, no.

Cogió de su biblioteca un libro de cacerías y se puso á leer para cobrar ánimo. Estas narraciones le interesaron; allí estaban pintadas con vivo color las emociones de tan higiénico ejercicio: ¡aquí salta una liebre; aquí rompe un conejo; allá arranca una perdiz, en aquella mata se queda de muestra un

perro.....! ;Alegria, fraternidad entre los compañeros; cucucillos variados; repartición del botín; retorno al hogar doméstico, abrumado el cazador por la caza!—Leyendo aquellas relaciones, D. Plácido se sintió ligero de piernas, casi aéreo.

Al día siguiente salió con su mujer y fué á casa de Arenas, donde compró todos los útiles necesarios, y superfluos,

guies claveteados, sus polainas de cuero sujetas con grandes hebillas, su terrible canana, su americana verde con botones de metal, su sombrerón, verde también, su morral y su escopeta, semejava un *Montgolfier* armado. Cuando hizo ademán de echarse la escopeta á la cara y disparar, los niños se metieron bajo la mesa, y su mujer, cuya alma era del temple del alma de Lucrecia Borgia, tembló y dijo:—; Hombre, no seas bárbaro!

A D. Plácido le halagó mucho producir este efecto. Por la primera vez era alguien en su casa.

Tenia traje, escopeta, cartuchos y resolución de cazar; le faltaba sitio, perro y compañero. Para adquirir todo esto juzgó conveniente visitar á uno de sus amigos, quien le hizo socio de un excelente vedado junto al Escorial, y le prometió acompañarle en su primera cacería. «En cuanto á perro—le dijo—le prestaré á *Tul*, un *pointer* que caza solo.» Esto de que el perro cazaba solo le pareció á D. Plácido una gran ventaja.

En efecto, se acercaba el primero de Septiembre, día en que se abre oficialmente la caza, y día en que suele también abrirse en los vedados. Su amigo D. Julián le envió á *Tul* con veinticuatro horas de anticipación, para que el perro y D. Plácido contrajesen amistad antes de cazar juntos. *Tul* hizo la dicha de la casa: era un magnífico ejemplar de la raza inglesa, blanco y dorado; corria y saltaba como un loco; intimó con los chicos y con la cocinera, y sólo mostró prevención injusta contra D. Plácido. D. Plácido le enseñó entonces la escopeta, y esto venció la antipatía de *Tul*: fué hacia él, se alzó de manos y se las puso en los molletes, dejándole en ellos diez magníficas rayas encarnadas.

El primero de Septiembre en el primer tren salió de Madrid D. Plácido en compañía de *Tul*, de don Julián y de otros dos socios del vedado escurialense. La despedida de D. Plácido y su mujer habia sido conmovedora: No habia querido despertar á los niños para que no se emocionasen; su mujer hizo ademán de abrazarle—ya que abrazarle no

la era posible desde que habia engordado tanto—y él salió por fin, extendiendo ambos brazos hacia ella como si la enviase un adiós eterno. En la escalera se le enredó entre las piernas el cordón de *Tul*; tuvo dificultad para entrar en la berlina, y luego para salir de ella; estaba sudoroso, colorado, dispuesto á dar por terminada la cacería; pero su mujer, que sorprendió desde el balcón las vacilaciones de su espíritu y de su cuerpo, le gritó:—; Adelante!

Ya en el tren, sus compañeros lo primero que hicieron fué acudir á los morrales y sacar algo para tomar un bocadillo. D. Plácido, que era gastrónomo, se dijo que aquello no empezaba mal. Uno de los cazadores contó un lance de habilidad que le declaraba gran tirador: otro contó prodigios mayores: todos mintieron alegremente, y D. Plácido, conceptuándose desahogado, no pudo menos de referir que en su niñez



del cazador. Casi todos ellos hubo que arreglarlos á su persona, porque su volumen no habia sido previsto por los fabricantes. Él queria comprar una escopeta de un cañón, pero su mujer se empeñó en que habia de llevar una de dos, elegida por ella. «No te ilusiones—le dijo—por lo menos vas á necesitar dos tiros para cada pieza.» ;Dos tiros! ;Él creía necesitar doscientos!

Cuando le llevaron los chismes de caza, hizo un ensayo del traje á presencia de toda la familia. Entró en su aleoba y salió media hora después disfrazado de cazador. Un grito de espanto le saludó al presentarse. Con sus enormes botec-

había cazado con liga cientos de calandrias. Justo es decir que los demás cazadores se preguntaban qué haría en el campo aquel barrigudo.

El tren paró en un apeadero, y nuestros cazadores descendieron en el vedado. — ¡Podemos ir *en mano* hasta la casa! — dijo uno de los cazadores; — dejaremos allí los morrales y continuaremos la cacería. — Y en efecto, así lo hicieron. D. Plácido sintió que todo su valor le abandonaba; llegaba el momento de andar, y de andar con aquellos tres cazadores, altos, secos, curtidos, de piernas de acero. Hizo la señal de la cruz, y entró en línea.

— ¿Ha metido usted los cartuchos? — le preguntó D. Julián, después de haber andado un poco. — No — exclamó don D. Plácido — me había olvidado de eso. — Y los puso.

— ¡Ese perro! ¡Sujete usted ese perro! — le gritó un compañero. — *Tul* no parecía un perro, sino un caballo inglés; iba, venía, se espaciaba cruzando todo el campo, registrándole por encima, extendiendo el hocico; y seguía y seguía en libertad, dejándose atrás cazadores, perros y monte; era uno de esos *pointers* con los cuales, para cazar bien, hay que cazar á caballo.

En esto le pareció á D. Plácido que el cielo se le venía encima. Se estremeció de pies á cabeza y se volvió, á mirar con ojos asombrados: una perdiz venía de arrancar detrás de él, con ese aleteo estridente que no oyen sin conmoverse ni los más viejos cazadores.

La perdiz partió, y D. Plácido, embobado, la vió partir, remontarse, tenderse y desaparecer sin apuntarla siquiera.

— ¡Pero qué hace ese hombre que no tira! — exclamó uno de los cazadores, mientras los otros dos se reían.

D. Plácido se puso colorado y no contestó, pero jurando entre sí tirar otra vez, aunque fuese al aire.

Por fortuna se le ofreció una ocasión magnífica de hacer su *debut*. *Tul* se había quedado de muestra á treinta ó cuarenta pasos delante de él. Con la cabeza baja y el rabo tendido, quieto como si estuviese disecado, movía sin embargo ligerísimamente el rabo de izquierda á derecha, revelando así sus inquietos pensamientos.

— Corra usted, D. Plácido; el *Tul* tiene un conejo y le dice á usted con el rabo que no tiene seguridad de que aguante mucho la muestra. Corra usted para tirarle.... ¡y cuidado, al tirar, con el perro!

La recomendación era tardía. El conejo había partido: el perro había salido detrás del conejo, y el tiro disparado por D. Plácido alcanzó sólo al *Tul*, que cayó hecho una pelota y dando gemidos.

— ¡Maldición! — exclamó D. Julián.

D. Plácido se quedó petrificado.

— Vamos — dijo otro de los cazadores, interviniendo, con deseos de que no encespasen las pasiones; — estos accidentes ocurren con frecuencia en la caza: yo mismo he llenado ya de plomos á varios perros; ¡cómo ha de ser! por fortuna tenemos otros tres, y es de suponer que este caballero nos los dejará íntegros por esta tarde.

El *Tul* se levantó, y con el rabo entre piernas, las piernas dobladas y chorreando sangre, se puso detrás de D. Julián, renunciando á la cacería.

— ¡Adelante, esto no es nada! — repuso el cazador que había hablado antes.

La cacería siguió: varios conejos fueron muertos en un mo-

mento. Un chico que pasó por una vereda levantó un bando de perdices, que pasó por encima de la cabeza de los cazadores.... Dos de éstos mataron dos perdices, tirándolas de pico. El ruido, el acierto de los disparos, la vista de las piezas muertas animaron á todos, y el mismo D. Plácido, que después de haber herido al perro se había quedado pálido como un difunto, sintió que la sangre se le encendía, y apretó la escopeta, dispuesto á cometer un nuevo crimen.

Y lo cometió: una liebre le pasó casi entre las piernas; se volvió, y al verla ocultarse tras de unas matas, á su derecha, disparó.... Al disparar vió aparecer tras de la mata á don Julián. Hubiera querido detener el dedo.... ¡ya era tarde!



D. Julián era de la madera de los héroes. Se contentó con decir: — ¡Naturalmente; después del perro, el amo! — Por fortuna los plomos no le habían atravesado más que las polainas.

D. Plácido acudió confuso y lloroso. Se abrazó á D. Julián y le dijo: — ¡Perdón, amigo mío! Ni una palabra de reproche; ¡sea usted generoso! — ¡Está visto que tengo un fino fatal para la caza!

— ¡Cierto! — contestó D. Julián, sacándose los perdigones de las polainas, — ¡no desperdicia usted un tiro!

Pero D. Julián no dijo palabra, y sus compañeros ignoraron, por aquel momento, este accidente.

— Señor D. Plácido — repuso D. Julián: — ¡siga usted cazando con nosotros, pero le prohíbo á usted llevar cargada la escopeta!

— Pierda usted cuidado, D. Julián; por nada en el mundo volvería á disparar un tiro.

Y con un movimiento lleno de magnanimidad se echó la escopeta á la espalda.

— Procure usted, sin embargo, no salirse de la mano....

Resignado á ser testigo de la cacería, D. Plácido procuró guardar la línea; pero bien pronto se sintió horriblemente fatigado: nadaba en sudor; se tambaleaba de un lado para

otro, sus piés y sus manos se hinchaban, sus piernas no podían sostener la inmensa mole de su vientre, y más bien que andar parecía rodar trabajosamente por el campo.—Alguno de sus compañeros disparaba de cuando en cuando, y este disparo solía ir acompañado de un grito de alegría....—Don Plácido se retrasaba poco á poco, y al fin, no pudiendo ya con su persona, desencuadrado, moribundo, se sentó junto á un chaparro, sobre una piedra y esperó la muerte.

El reposo tranquilizó bien pronto su cuerpo y su espíritu. Entonces comprendió uno de los placeres de la caza: el placer del reposo en la fatiga. Aire, tierra, cielo se le ofrecían con frescura, con aromas, con resplandores no sentidos ni soñados. Sus ojos se entornaban con dulce sueño, y concluyó por quedarse dormido: tuvo un sueño delicioso: se encontraba en su oficina, leía los periódicos, murmuraba del Ministerio, no despachaba ningún expediente, y el Gobierno recompensaba sus servicios dándole una plaza en el Consejo de Estado. Algunos tiros que sonaron cerca le despertaron, una hora después de haberse dormido, y al abrir los ojos vió posarse en torno suyo diez ó doce pájaros grandes, que ape-

nas tocaron tierra se pusieron á correr, desesperadamente, con sus delgadas y rojas patitas.—El bando de perdices que perseguían sus compañeros había descendido sobre su cabeza.

Pero al moverse él, las perdicillas remontaron el vuelo de nuevo. Dos detonaciones y un grito sonaron, y el sombrero verde de D. Plácido voló atravesado por un centenar de plomos.

D. Plácido cayó al suelo gritando: —¡Me han muerto! ¡asesinos!

Sin embargo, no tenía más que algunos perdigones en una oreja y algunas rozaduras en las sienes.

—¡Hay Providencia!—exclamó D. Julián.

Poco después le hacían la primera cura en la casa del monte.

Cuando aquella noche entró en la suya con la cabeza llena de vendajes, abrazó á su mujer estrechamente, exclamando:

—No violentemos el destino: renuncio á la caza; me resigno á la apoplejía.

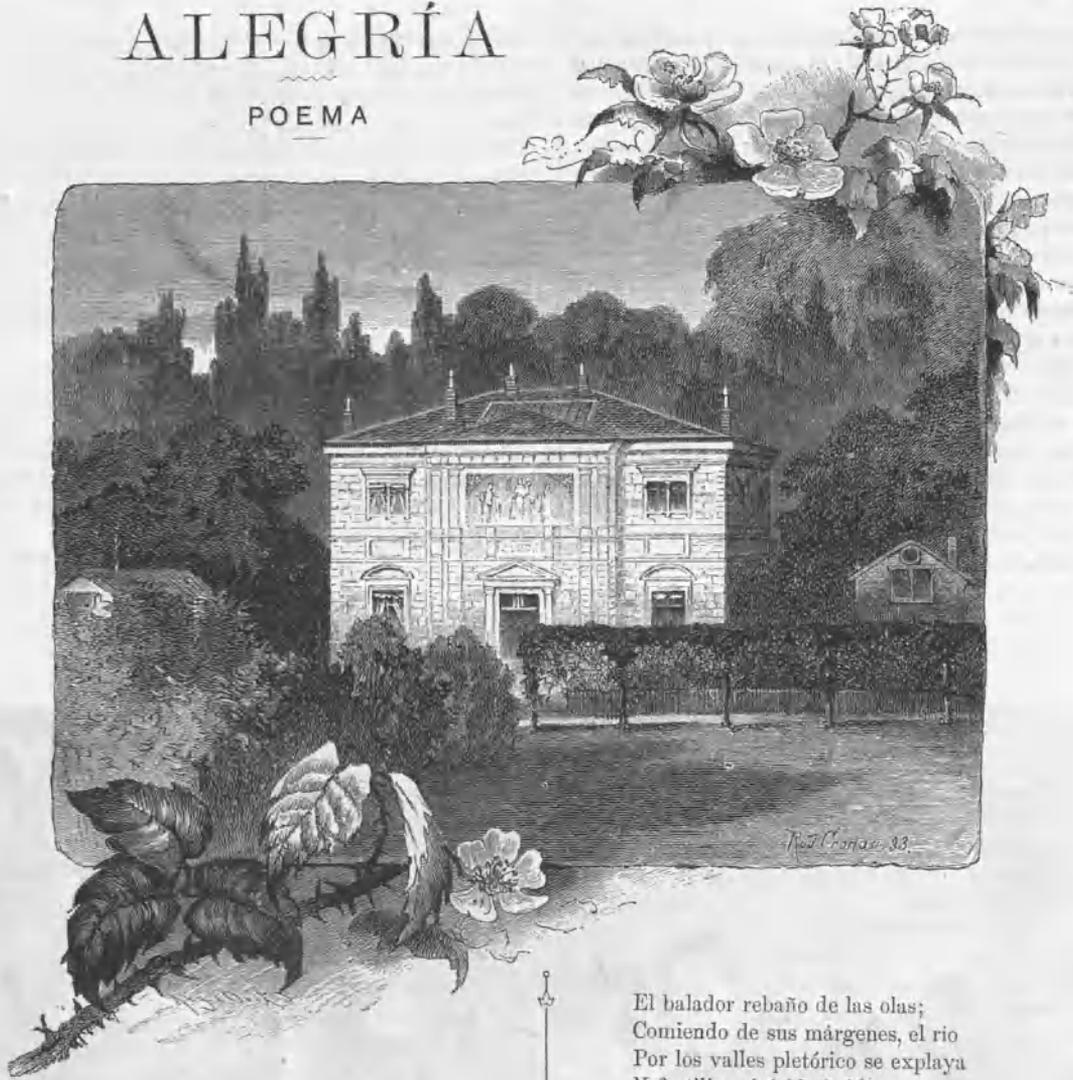
FERNANDEZ.



«MERCADO DE CAZA.»—(Cuadro de W. G. Gilbert.)

## ALEGRÍA

POEMA



## CANTO III

## EL HOLGADERO

## I.

¡Cuanta gracia, belleza y alegría  
Derrama la fecunda primavera  
En la región feliz de Andalucía!  
Ni en Grecia misma ni en Italia impera  
Con la hermosura que en la patria mía.

Mécese el aire en el espacio inmenso  
Más tibio y oloroso  
Que surge de las ascuas el incienso;  
Adormecido en brazos del reposo,  
Al cielo roba el mar su azul intenso,  
Y acallando sus fieras bataholas,  
Manda, sumiso, á acariciar la playa

El balador rebaño de las olas;  
Comiendo de sus márgenes, el río  
Por los valles plétórico se explaya  
Y fertiliza el árido baldío;  
La tierra, de placer estremecida,  
El seno esponja y cúbrese de flores  
Al desatarse en gérmenes de vida,  
Y del sol ardentísimo la llama,  
Quebrándose en incendios de colores,  
En los seres derrama  
El fuego abrasador de los amores.

## II.

De estación tan dulcísima era el día  
En que seño Jeromo atolondrado  
Estas razones en tropel decía,  
Dando vueltas y vueltas al cercado:

—«Pero muchacha, di, ¿qué haces parada?  
Los trebejos apronta,  
Que se nos echa encima la alborada.  
¡Hace unos días me pareces tonta!  
Tú, Manolo, sacude la flojera.  
Ya el ganado acabó con la empajada;

Échalo al punto de la cuadra afuera  
Y dale de beber. Mas ¿y el soldado?  
¡El mocito es ligero!  
Duerme como un lirón en el sobrado.  
¡Vamos! Es cosa de tomarlo á risa.  
A voces despertad á ese guerrero.  
¡Dijérase que vais, según la prisa,  
A la horca en lugar de al holgadero!  
¡Tienen los mozos de mi tiempo un cuajo!  
¡Qué sangre de tortuga!  
Pésales un quintal cada zancajo;  
Y si de hablar se trata, se ataruga  
El que más presumió de desparrajo.

«Manuel, pon al pollino la jamuga  
Mientras la jaca ensillo;  
Y tu, Alegría, saca el aguardiente,  
Que es preciso matar el gusanillo  
Antes que con furor nos hinque el diente.  
Saca también el alfajor sabroso,  
Cuya picante especia  
Hace que el paladar del melindroso  
Encuentre floja la bebida recia,  
Y el polvorón que nuestra sed provoca  
Cuando, mas pronto que manteca al fuego,  
Se deshace suavísimo en la boca.

»Hagamos al estómago el trasiego  
Del licor de esta oronda damajuana;  
Llenad las copas y empinadlas luego.  
Mas ved cuál de los vasos al chasquido  
La maldita galyana  
El señor militar ha sacudido  
Como si oyera el toque de diana.  
¡Qué ligero tenemos el oído  
Para oír aquello que nos da la gana!»—

Cuando con tal exceso  
Señó Jeromo con su gente alterca,  
Aun grazna de las ranas el congreso  
Alderredor de la vecina alberca;  
Ann la lechuza, á quien la luz asombra,  
Inmóvil de la iglesia en la espadaña,  
Dilatando los ojos en la sombra,  
Acecha á la nocturna musaraña,  
Y duerme sosegada todavía  
La alondra que cantando ha de ir al cielo  
A sorprender la luz del nuevo día.

## III.

Llegando en esto van uno tras otro  
Los convidados á la alegre fiesta.  
El hijo del alcalde, fiero potro  
De cerril condición y dura testa;  
Su abuela, una señora relamida,  
Hoy beata indigesta  
Y ayer dada al amor y sus excesos,  
Mujer de esas que entregan en la vida

La carne al diablo y á Jesús los huesos;  
Y el señor juez de paz, viejo cazurro,  
Ancho de vientre y de narices romo,  
Que no habiendo estudiado más que el burro  
Del que fatiga con su peso el lomo,  
Es capaz de embrollar al mundo entero,  
Y alarga un pleito con el mismo ahinco  
Que estira el cordobán el zapatero.

Taconeando y pronto cual un brinco,  
Con su guitarra apareció el barbero,  
Joven de ensortijada cabellera,  
Político profundo, noble artista  
Que se pasa la vida toda entera  
Moviendo con sus coplas algazaras,  
Predicando doctrina progresista,  
Bebiendo vino y desollando caras;  
Y á remolque de tal propagandista,  
Dos mozos remolones  
De aquellos que juzgando cosas viles  
Llevar chaqueta y destripar terrones,  
Se visten con andrajos señoriles  
Y saben sólo, en su vagancia eterna,  
Blasfemar en la infame barbería,  
Embriagarse y jugar en la taberna  
Y padrirse en la inmunda mancebia.

Mas no toda la gente convidada  
Las cualidades óptimas tenía  
De la elegante turba enumerada.  
Allí el labriego honrado  
Que no ha visto otro mundo que la tierra  
Que surca desde niño con su arado,  
Y el leñador de la vecina sierra,  
Cuyo brazo de hierro  
Los árboles durísimos atierra.  
El rabadán que va de cerro en cerro,  
Sin tener otro amparo en el estío  
Que el breñal donde, helado, se guarece  
Las largas noches del invierno frío,  
Y el arriero cuya recia abarca  
Abate y troncha cuanta hierba crece  
En las sendas de toda la comarca.  
El bravo marinero  
Que más que en su pericia y su coraje  
Confía, cuando al mar echa su barca,  
En la Virgen que doma el oleaje,  
Y el rudo carpintero  
Curtido por la sal y por la brea,  
Que alborota las aves del estero  
Cuando á orillas del mar calafatea.

Un enjambre, por último, hechicero  
Vino allí de las mozas de la aldea.  
La que se empeña en que le bese el talle  
El moño que le cuelga por la espalda,  
Y arrastra salerosa por la calle  
El faralá de la crujiente falda,  
Y la que hace corona su peineta  
Porque reina quizás se la presume,



«PRIMAVERA.»

(Composición y dibujo de H. Estevan.)

Y á la cintura, lánguida, se aprieta  
A lo gitano el pañolón de espuma.  
La que amarilla como seca palma  
Va sin hablar diciendo que un perjuró  
Le arrebató la vida con el alma,  
Y la que ostenta en el semblante puro  
Los matices del nardo y de la rosa  
Y el vello del albérchigo maduro.  
La que á modo de leve mariposa  
Al soplo de un suspiro se doblega  
Y no ofende la arena en que se posa,  
Y la esplendente que la vista ciega  
Al encerrar la palpitante vida  
En los contornos de la estatua griega.

Mas sin ser como aquesta esplendorosa,  
Ni lánguida cual otras, ni pulida,  
Ni alardear de cándida ó graciosa,  
Alegria la bella,  
Igual que entre sus ninfas una diosa,  
En aquel coro virginal descuella;  
Cual sin tener los vívidos colores  
Del dorado faisán, ni la divina  
Garganta de los dulces ruiseñores,  
Ni menos la elegancia peregrina  
Del blanco cisne, ni las fuerzas graves  
Del águila que al cielo se avvicina,  
Entré todas las aves  
Descuella la graciosa golondrina.

## IV.

Hizo el toque del alba  
A las palomas levantar el vuelo,  
Palmoteando como en son de salva;  
Alzóse fresca brisa,  
Alborotóse el mar, se animó el suelo,  
Y de la aurora la jovial sonrisa  
Fué de colores matizando el cielo.

Al sonar la campana,  
Pusiéronse las gentes en camino  
Más alegres aún que la mañana.  
De batidor el militar hacía,  
Tirando del cabestro del pollino  
Que llevaba en sus lomos á Alegria;  
Arreando sin tino,  
Para darles alcance, los seguía,  
Encendiendo cigarro tras cigarro,  
El tétrico Manuel, que conducía  
Vituallas y trebejos en el carro;  
El hijo del alcalde ensangrentaba,  
Haciendo ante las mozas pirustas,  
Los ijares del potro que montaba;  
Diciendo chanzonetas  
Toda la turba en pos se atropellaba;  
Zaguero, con la suegra del alcalde,  
El juez de paz quedábase acallando  
A su rijoso garañón en balde,

Y una y mil veces el camino andando  
Y devolviendo pulla por matraca,  
Iba con una moza galleando  
Señó Jeromo en su valiente jaca.

Asómanse á la puerta  
Los vecinos curiosos, renegando  
Del bullicio infernal que los despierta;  
Más no hay quien deje de sentir antojos  
De juntarse á la alegre cabalgada  
Que se lleva las almas tras los ojos,  
Y que al salir del pueblo es saludada  
Por el martillo del forzado albéitar,  
Que anuncia del verano la llegada,  
En el yunque batiendo con fatiga  
La redonda herradura dentellada  
Con que la cobra romperá la espiga.

## V.

—«Cógeme aquella flor.—¿Cuál?—La encarnada.  
—Aquí está.—¿Qué preciosa!  
—Junto á ti, la mejor no vale nada.  
—Sólo sabes decir la misma cosa.  
—Si como yo te quiero me quisieras,  
Lo que me pasa á mí te pasaría.  
—¡Ay! Perico. ¿Me quieres tan de veras?  
—Como un loco, Alegria.  
—Déjate de arrebatos y procura  
Que tu cariño se parezca al mío  
En no ser pasajera calentura.  
—En mí confía como en ti confío.  
—Siempre he de ser mejor que tú lo fueres.  
—Pues me querrás entonces sin medida,  
—¿No te quiero así ya?—¿Tanto me quieres?  
—Más que á mi alma; ¿y tú?— Más que á mi vida.»—

Y encontrándolo siempre interesante,  
Nuevo y encantador, este coloquio  
Repite la pareja á cada instante;  
Que enemigo el amor del circunloquio,  
Jamás halla otro giro  
Para expresar su ardor ó su embeleso,  
Que el ¿me quieres? que estalla en un suspiro  
Y el ¡te quiero! que suena como un beso.

Al pasar la pareja enamorada,  
El grillo en su agujero enmudecía  
Y el pájaro cantor en la enramada,  
Pararse, por copiarla en su corriente,  
El delgado arroyuelo pretendía,  
Y á modo de barrena reluciente,  
No pudiendo parar, se retorcia.  
Doblándose, la flor la saludaba,  
Y el follaje del álamo frondoso  
De placer al cubrirla palpitaba.  
Los brillantes albuces que en reposo  
Se hallaban á la orilla de banquete,



«ESTIO.»

(Composición y dibujo de H. Estevan.)

Halagarla queriendo con su brío,  
Semejando la lluvia de un cohete  
A la hondura lanzábanse del río;  
Y el mismo toro que tranquilo pasta,  
Ó el tronco de la encina descorteza  
Al aguzar el asta,  
Con ojos asombrados la seguía  
Sin inclinar al pasto la cabeza  
Hasta ver que á lo lejos trasponía.

Mas nada, nada la pareja hermosa  
De tan bello espectáculo veía.  
En vano la pintada mariposa  
Se acerca á la mejilla de Alegria  
Tomándola quizás por una rosa ;  
En vano estrepitoso relinchando  
Delante de ellos la carrera emprendé  
Ligero potro, mitigar ansiando  
El ardor que sus tuétanos enciende ;  
En vano savia y flor, resina y goma,  
Despertarles queriendo los sentidos,  
Lanzan al aire penetrante aroma ;  
Pues ellos, olvidando el mundo entero,  
En el dulce coloquio embebecidos  
Del «tú me quieres» y del «yo te quiero»,  
Marchan, entre suspiros y sonrojos,  
Con la sed insaciable de la esponja  
Bebiéndose las almas con los ojos.

## VI.

¿Por qué los amenaza con el puño,  
Manuel, yendo tras ellos, y no aparta  
De sus labios maligno refunfuño,  
Y juramento con blasfemia ensarta ?  
¿Lo sabe acaso él mismo?  
Treinta años lleva de vivir aislado  
En su amarga esquivéz y su egoísmo,  
Al hogar, como perro descastado,  
Más bien por lo que come  
Que por los lazos del cariño atado.  
De pronto las entrañas le carcome  
Agudo mal que al odio le provoca,  
Le oprime el corazón, le quita el sueño  
Y le agría los bocados en la boca.  
¿Qué sus males profundos origina?  
Ni siquiera el imbécil lo presume.  
Su anhelo ¿adónde va? No lo adivina.  
¿Cómo á la paz volver? No encuentra modo.  
Sólo sabe que en fuego se consume  
Que de rojo color lo tiñe todo.  
Tan sólo sabe que si á hablar comienza,  
Ó alguien le mira impávido ó risueño,  
Se le sube á la cara la vergüenza ;  
Que le falta el aliento si trabaja;  
Que al ver al militar, de sí no es dueño,  
Y acaricia temblando la navaja,  
Y que al rozar el traje de Alegria,  
Un profundo estupor lo deja inerte,

Hasta el tuétano mismo se le enfria,  
Y le ahogan las ansias de la muerte.

—«Maldita la hora sea  
—Va diciendo feroz— en que ese pillo,  
Más negro que cañón de chimenea,  
Puso el pié de mi casa en el portillo.  
¿No le puedo aguantar! ¿Ni á ella tampoco!  
¿Quién ha de tener alma,  
Á no ser, cual mi padre, un viejo loco,  
Para sufrir su desvergüenza en calma?  
Nada á mí me va en ello ;  
Mas por la gloria de mi madre, juro  
Que el mejor día les retuerzo el cuello!  
¿Voto á Dios, que me pierden de seguro!  
¿Cómo el ladrón la mira y la entretiene!  
¿Y que me llame hermano  
La grandisima perra, que se aviene  
Á querer á ese pícaro gitano!  
¡Ojalá el corazón se le gangrene!»—

Y allá va, de relámpagos preñada,  
Rugiendo sordamente esa tormenta  
Tras la dulce pareja enamorada,  
Que de amor cada vez más avarienta,  
Extática se mira,  
Y juzga, cuando alienta,  
Qué á sí misma en el aire se respira,

## VII.

—«No se me salga usted del aparejo.  
—¿Si lo llena usted todo, don Francisco!  
—No tanto, doña Rufa.—Para un viejo  
Paréceme este burro levantisco.  
—Le daremos altea y calagnala  
Hasta que el rejo todo se le extinga.  
—Vaya usted con sus zunibas norainala,  
Y sujételo bien cuando respinga.  
—No hay temor de que el pobre se propase.  
—Mire usted cómo empuña las orejas.  
—Habrá olido á una dama de su clase,  
Y sentirá, cual su amo, cosquillejas.  
—¿Jesús, cuál se alborota!  
—No hay peligro, con tal que usted se agarre.  
—¿Dónde me he de agarrar? Ay, ¡cómo trata!  
—Cójase usted á mí y al ataharre.  
—¿Que me caigo! ¿favor, favor, socorro!  
—No chille usted como gallina clueca.  
—¿Cómo no he de chillar, si es usted un porro,  
Y da el burro más vueltas que una rueca?  
—¿Con tanto grito el animal se espanta!  
—Tire usted de la jaquima con brío!  
—(¿Si la tuviera puesta á la garganta!)  
—¿Si se hace usted un lío!  
—Que me está usted pesando más que el plomo  
Al colgárseme así.— ¡Corre hácia el río!  
Que me muto. ¡Mannel!... ¡Señó Jeromo!...  
¡No habrá quien me socorra, Cristo mio!»—

Y el garañón, corriendo, respingando,  
Y del roncal burlándose y la vara,  
Anda el objeto de su amor buscando;  
Y al hallarlo, de suerte se dispara,  
Que salen, cual tapones de cerveza,  
La suegra del alcalde por la cola  
Y el juez municipal por la cabeza.

¡Qué alegre batahola  
Produjo entre la gente incompasiva  
Aquella inesperada carambola!  
Quién ríe á todo trapo  
Ante el juez, que tendido panza arriba  
Suda, brega y resopla como un sapo;  
Quién pondera el donaire



EN EL CAMPO.—(Cuadro de F. Bretón.)

Con que la vieja, al remontar el vuelo,  
Fué dando volteretas por el aire;  
Éste, al mirar al juez, finge que llora;  
Aquél, mojado en agua su pañuelo,  
Se lo planta en la nuca á la señora;  
Hasta que pone fin señó Jeromó  
Á zumba tan ingrata,  
Volviendo al juez de su borrico al lomo  
Y zampando en el carro á la beata.

—¡ Adelante! — gritó á la comitiva,  
Que alegre prosiguió la caminata  
Clamando: ¡ Viva el holgadero! ¡ Viva!!  
Y á su finca llegado,  
Dando el abuelo á su caballo rienda,  
Al frente del gentío alborozado  
Con más entono penetró en su hacienda  
Que capitán en pueblo conquistado.

### VIII.

Poco después, en tanto que Alegría,  
Por más de veinte pinches ayudada,  
La caldereta de carnero hacía  
Y picaba un lebrillo de ensalada,  
El abuelo la hacienda recorría,  
Y esta plática grave  
Con Curro el cabrerizo sostenía:

—«La primavera hogaño entró sñave.  
— Entrada de gitano, porque luego  
Vino la brisa helada de la sierra,  
Quemando como el fuego,  
Á echar las flores del frutal por tierra.  
— Flor que brota á destiempo se malogra;  
Bien, Jeromo, lo sé; la res temprana  
No suele ser la que mejor se logra.

— ¡Ni una almíender dejó, ni una manzana!  
 — En cambio tienes buena sementera;  
 Si como pinta grana,  
 No va á caberte el trigo en la panera.  
 — Veremos lo que sale del barnero;  
 Que no se supo nunca de quién era  
 La recua hasta morir el arriero.  
 — Por lo hermoso no da menos dentera  
 El habar de allá abajo.  
 — ¿Crearás, Curro, que tierra tan valiente  
 Era ayer un cascajo  
 Que apenas devolvía la simiente?  
 — ¿Quién de limpiarla se tomó el trabajo?  
 — Yo, Curro, le quité china por china  
 Aquellos pedregales del regajo.  
 Cuanto al habar, la protección divina  
 Lo libró de la mangla que lo puso,  
 Al florecer, más negro que la endrina,

— ¡Y dices que no tienes suerte alguna!  
 — Es de los buenos labradores uso  
 Pedir y más pedir á la fortuna.  
 Denles la tierra toda hecha campiña,  
 Y pedirán los cuernos de la luna.  
 — Pues yo me contentara  
 Con que todos los años la morriña  
 No viniese á diezarmé la piara.  
 — Aquí tienes la viña.  
 Para hacerla rendir, ¡cuánto se sufre!  
 Todo el año á cuidarla me esclavizo;  
 Me gasto los dineros en azufre  
 Por librarla del picaro cenizo,  
 Y en brote el hielo á lo mejor la quema,  
 Ó la arrasa una nube de granizo.  
 — No siempre el cielo su rigor extrema;  
 Mas tú quieres, Jeromo,  
 Que el huevo todo se reduzca á yema,  
 El trigo á harina y el lechón á lomo.  
 Agua un poco tu vino.  
 ¿Por ventura no sirven para nada  
 La clara, y el afrecho y el tocino?  
 ¿Qué le puedes pedir á esta cebada?  
 ¿Qué al olivar, que del esquilmo al peso  
 Rinde á tierra la rama quebrantada?  
 ¿Qué al garbanzal como la albahaca espeso?  
 ¿Qué más quieres? ¿acaso el Paraíso?

— Curro, no digas eso.  
 Siempre me contenté con que en mi guiso  
 Entrasen por igual tajada y hueso.  
 No apeteceí más yo de lo preciso  
 Para vivir en paz. Ni eso tampoco,  
 Pues sólo quise lo que el cielo quiso.  
 ¡Pero si todo me resulta poco!  
 ¿Ves cuán rica cosecha la de hogaño?  
 Más de cien lobos se echarán sobre ella  
 Antes que saque yo para mi apañó.  
 El alcalde le hará la primer mella,  
 Quién al prestarme aquello que me roba,  
 Dos veces á su gusto me desuella.

Como va tras el gamo la recova,  
 Vendrán de los impuestos los lechuzos  
 Á barrerme la era con su escoba,  
 É irán después á escudriñar cual buzos  
 En los mismos rincones de mi alcoba.  
 Con tanta boca abierta,  
 Se echarán sobre mí los del *fielato*  
 Como alimañas sobre carne muerta;  
 Y hecho ya de mi hacienda el desbarato,  
 Saldrá el Ayuntamiento  
 Con su derrama á rematarme el gato;  
 Para que pague me dará tormento,  
 Y yo, tras de buscar dinero en balde,  
 Peseta al mes de rédito por duro,  
 Tendré al fin que tomárselo al alcalde.  
 — No hay pillo en el lugar de más trastienda.  
 — ¡Y dices que reniego y que me apuro  
 Á pesar de tener tan rica hacienda!  
 ¿Y cómo no, si sé que cuanto gane  
 Servirá á esos ladrones de merienda?

— Deja que yo también me despampane.  
 Para vivir á gusto y sin atraso  
 Es preciso robar, ó poner tienda,  
 Que viene á ser lo mismo para el caso.  
 ¿Quiénes triunfan aquí? Los del *consumo*,  
 Los que venden por bueno lo podrido,  
 Y el prestamista que nos chupa el zumo,  
 Mientras perece el labrador honrado,  
 El pilla mal nacido,  
 Cubriendo con un *don* lo que ha robado,  
 Deja el trabajo por sillón de muelle,  
 Da á su hijo estudios y á su dama estrado,  
 Quien va á misa con más viento que un fuelle  
 Y con más faralacs que un tejado.  
 — ¡Como hay Dios que á esos picaros no envidio!  
 — Mas ¿por qué no han de estar á buenos pernos  
 Atados, por ladrones, en presidio?  
 — Porque son los que mandan más tunantes.  
 — Pues que ahorquen á todos los gobiernos.  
 — Otro vendrá peor que los de antes.  
 — ¿De modo que estos males son eternos?  
 — Siempre habrá quien nos pegue y quien nos cobre,  
 Sin que podamos nunca revolvernos.  
 — ¿Por qué?

— Porque la gente honrada y pobre  
 Es un rebaño inocentón sin cuernos,  
 Que se deja esquilár en este mundo  
 Para asarse mejor en los infiernos.—

Y coloquio tan sabio y tan profundo  
 Se hubiera prolongado sin medida,  
 Á no dar ambos, sin pensar, de pronto  
 En un grupo de gente divertida.  
 Entonces dijo el viejo:— Pero el tonto  
 Es quien sus penas picaras no olvida,—  
 Y dándosele ya del mundo un bledo,  
 La pareja quitándole á un zanguango,  
 Se echó con ella de rondón al ruedo  
 Á bailar una copla de fandango.

## IX.

Á la hora en que el follaje desfallece  
Y en que, del sol huyendo, condensada  
La sombra al pie del árbol se guarece;  
Cuando en estrecho círculo apretada,  
El testuz defendiendo, se mosquea,  
Rumiando perezosa la manada,  
Y de fatiga el pájaro enmudece,  
El lebril ijadea  
Y hasta el azul del cielo palidece,  
Retozando á porfia,  
Con menos miedo al sol que la cigarra,  
Va con otras muchachas Alegría.

Aunque entre mil despunta por bizarra,  
No es ya la alegre moza  
Que con gestos, decires y cantares  
Alborozando á todos se alboraza.  
Como nunca está libre de pesares;  
Pero ya no es perenne, cual divisa  
De cándido placer, junto á sus labios,  
El hoyuelo traidor de la sonrisa.  
Sus memorias de ayer le dan resabios,  
Y suenan los requiebros en su oído  
Con rudeza mayor que los agravios.  
Pertúrbale el sentido  
Esa alegre inquietud que el avecilla  
Experimenta al fabricar el nido;  
Sin causa el llanto en sus pestañas brilla,  
Ó asoman de repente fulgurando  
Las rosas del pudor á su mejilla;  
Cuando está más despierta está soñando,  
Y es tan hondo el placer que la arrebató,  
Que en vez de desatarse en alborozo,  
En suspiros y en llanto se desata.

Huyendo de las mozas el retozo,  
Por soñar otra vez con lo soñado,  
Vino á dar Alegría casualmente  
Donde á solas hallábase el soldado.  
En la misma ilusión fija la mente.  
Al verse, de placer se estremecieron,  
Y muy turbados, sin decirse nada,  
Á caminar unidos se pusieron;  
Y aunque á plomo caía  
El sol sobre la senda calcinada,  
Y muy cerca ofrecía  
Un limonar la sombra deseada,  
Andando la pareja proseguía  
Cada vez más de prisa y más turbada.

Iban delante de ella los saltones  
Como flechas alzándose del suelo,  
Y de una en otra mata los gorriones  
Marcándoles la ruta con su vuelo.  
Él, con una varilla de membrillo,  
Al andar los calzones se golpea,  
Repitiendo, muy bajo, un estribillo;

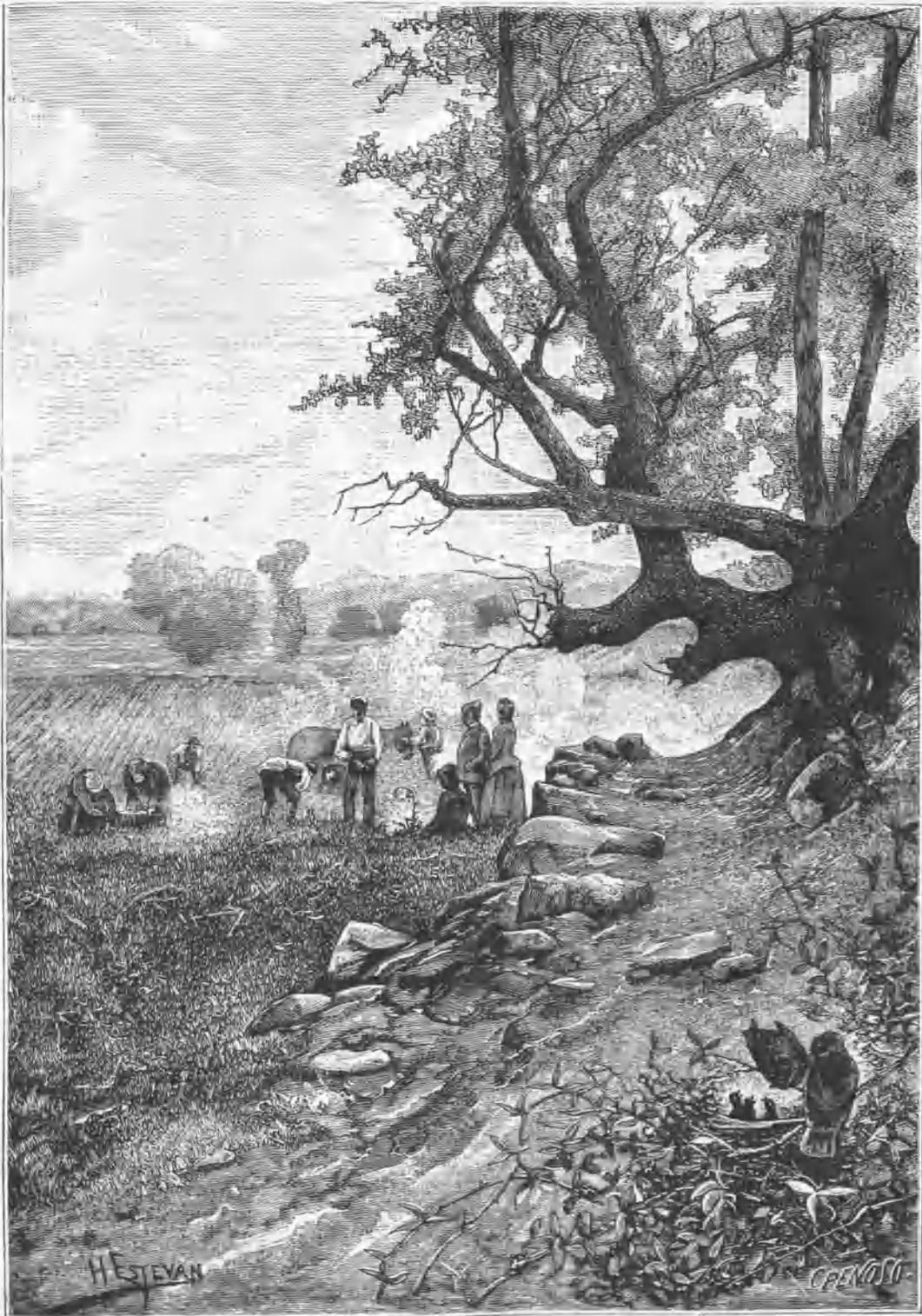
Absorta ella también en una idea,  
Al paso va cogiendo caracoles,  
Arrancando al sarmiento sus caireles  
Ó haciendo á las vainillas de frijoles  
Resonar como roncocs cascabeles.

Un mirlo escandaloso,  
Que chillando salió de la enramada,  
Los sacó de este sueño embarazoso.  
De repente los dos hicieron alto,  
Cruzaron sorprendidos la mirada,  
Y la causa al notar del sobresalto,  
Rompieron en ruidosa carcajada.

Como el sol arreciaba su coraje  
Y en aquel mismo sitio un limonero  
Echaba á la vereda su follaje,  
Sentáronse á la orilla del sendero;  
Mas tanto y tanto el sol los perseguía,  
Que huyendo de su lumbre abrasadora,  
Tuvieron que internarse por la umbría.

Allí dentro ; qué paz tan seductora !  
Muda la tierra, el aire adormecido,  
Solamente el silencio interrumpía  
El golpe de algún fruto desprendido,  
La seca rama que al ceder crujió,  
De la abeja el zumbido,  
Ó el aliento vibrante de Alegría.  
El deshojado azabar el suelo alfombra ;  
Llena el sol, traspasando la espesura,  
De penumbrosos círculos la sombra,  
Y en cada rayo de su lumbre pura,  
Como viviente polvareda de oro,  
Un torbellino de átomos fulgura.  
Aire, calor y luz, todo allí enerva,  
Todo al sueño hace coro ;  
El tibio aroma de florida hierba,  
De agua corriente el pertinaz murmullo,  
Silencio, soledad, bóveda obscura,  
Y por remate el soñador arrullo  
De la tórtola errando por la altura.

Él contempla á su amada  
Recostado de un árbol en el tronco,  
Roja la faz, ardiente la mirada,  
Estremecido y respirando ronco.  
Á ella tanto el cansancio la sofoca,  
Que al querer suspirar, acongojado  
Muere el suspiro en su entreabierto boca,  
Y su seno turgente y levantado  
Al ritmo de su aliento  
Se eleva y se deprime acelerado  
Como lona azotada por el viento.  
Él se arrebató, y ella languidece ;  
Con hidrópicos ojos él la mira ;  
Ella los grandes suyos adornece,  
Y de él, ruborizada, los retira ;  
Y en tanto que uno en otro se embebece,  
Allá fuera, cantando la cigarra



«OTOÑO.»

(Composición y dibujo de H. Estevan.)

El himno soporoso del estío,  
Los élitros sonantes se desgarra.

## X.

Más arriba, el gentío  
A un hábil cantador y á su guitarra  
Encadenado tiene el albedrío.  
Ya escucha de la plácida *jabera*  
El rítmico y sensual *gorgoriteo*  
Que del alma, al oírlo, se apodera,  
Y acompaña con vivo palmoteo  
El alegre y zumbón *sapateado*  
Ó la truncada copla de *jaleo*;  
Ya admira el bongo *polo* entusiasmado  
Y aplaude la *rondeña* soñadora,  
Ó se pasma, enternece y maravilla  
Cuando el que canta, estremecido, llora  
La sin igual *gitana seguidilla*.

Una moza despues, de ojos ardientes,  
Atado atrás el pañolón de espuma,  
Revolviendo los brazos cual serpientes,  
Y más ligera que girón de bruma  
Corre sobre una mesa y taconeá  
Ó gira y salta como leve pluma;  
En tanto que en las cañas burbujea,  
Al caer, la olorosa manzanilla,  
Que muy luego en los rostros purpurea,  
En los ojuelos retozones brilla  
Y en la mente y los labios centellea.

Cuando ibase la huelga convirtiendo  
En loco frenesí, y era el rüido  
De cantares y voces ronco estruendo,  
Sin ser visto ni oído,  
Cual se aparece en sueños la fantasma,  
Llegó al corro un jinete, á cuya vista  
Todo el concurso de terror se pasma.

Era Joaquín, apellidado *el fiero*,  
Ayer contrabandista,  
Hoy audaz y terrible bandolero,  
Temido y admirado en la comarca  
Por su tremendo arrojó  
Y su fausto y orgullo de monarca.

De pelo ariscó entre castaño y rojo  
Grande la boca y apretado el cejo,  
Los pardos ojos de mirar muy vivo,  
Y la apostura acreditando el reajo,  
Lleva aquel hombre altivo  
Redondo calañés con barboquejo,  
Fina faja, chaleco descotado,  
Marsellés de alamares,  
Calzón corto, botín acarelado,  
Y rige, sin herirla en los ijares,  
Una jaca alazana

Que piafa, más que por mostrar su brio,  
Por lucir su montura jerezana.

Acallóse, al llegar, el vocerío,  
Los hombres lentamente se alejaron;  
Las mujeres, huyendo al caserío,  
El aire con sus gritos asordaron;  
Tiróse el hijo del alcalde al río;  
Al cantador se le atascó la copla;  
El barbero se echó bajo la mesa;  
Bufó el juez á manera de marsopla;  
Acometió un soponcio á la alcaldesa;  
Enmudeció el abuelo, y solamente  
Manuel, atortolado ó decidido,  
Sin inmutarse le miró de frente.

— «Quita allá, fantasmón desaborido,  
Que adonde está Joaquín no canta gallo—  
Altanero á Manuel dijo el bandido,  
Echándole hacia atrás con el caballo;  
Y en tono señorial y decidido,  
—Caballeros—gritó,—siga la fiesta,  
Que yo me voy en paz como he venido.  
Don Francisco, si á usted no le molesta,  
Le diré unas palabras al oído.  
Tú, Jeromo, ya sabes que en mi vida  
Dí á los pobres pesares ni trabajo;  
Haz que siga la huelga interrumpida;  
Y tú—gruñó á Manuel—toro marrajo,  
Pues conoces la sierra cual ninguno,  
Llévame al Carrascal por el atajo.» —

Jamás fué obedecido rey alguno  
Con tanta precisión y diligencia  
Como lo fué aquel huésped importuno;  
Quien con aire de altiva displicencia  
Se apea, llama al juez, háblale aparte,  
Y á Manuel requiriendo con vehemencia,  
Monta, saluda y galopando parte.  
Libremente respira  
La turba al alejarse el bandolero,  
De quien la audacia admira  
Y el porte y presunción de caballero;  
Mientras finge que llora y que suspira  
El juez de paz clamando:—¡Estoy perdido!  
¿En dónde, Virgen santa del Socorro,  
El dinero encontrar que me ha exigido?—  
Pero nadie se duele de aquel zorro,  
Por ser de todo el mundo bien sabido  
Que, ayudando al ladrón, viven de balde  
Un señor en Madrid muy conocido,  
El juez, el secretario y el alcalde.

## XI.

Mientras procura en vano  
El abuelo dar ánimo á su gente,  
Que cual pollada que acosó el milano

Anda huida quejándose doliente,  
Por el monte cercano  
Á Manuel el bandido va diciendo:



—«No has sido nunca ni serás valiente,  
Eso de andar gruñendo  
Y amenazando sin hincar el diente,  
Es de gozque faldero encanijado.  
Cuando el bravo mastín abre la boca,  
Ya tiene entre los dientes el bocado.  
Aguántese quien vista la casulla;  
Quien con la facha, como tú, provoca,  
Andar debe en un pie como la grulla,  
Teher buen brazo y corazón de roca.  
En el mundo hay que ser lobo ú oveja;  
Ó dejarse esquilan como un mostrenco,  
Ó arrancar á los otros la pelleja.

Es digno de que lo aten á un pesebre  
Quien aguanta los palos como un penco;  
Y debe, quien se asusta como liebre,  
Morir á dentellada de podenco.  
Quien quiere libertad y Jozania,  
Del maldito trabajo el lomo guarda;  
Que al asno se le acaba la alegría  
En cuanto siente el peso de la albarda.  
¡Sabe tan mal comer lo que se suda!  
Con salud y dinero,  
(Y éste se tiene si el valor ayuda),  
Se llega uno reir del mundo entero.  
Así venzo yo el sino:  
¿El naípe me da mal? Echo tabaco.  
¿Me acosa algún dolor? Ahógolo en vino.  
¿Se me acaba el *parné*? Monto en mi jaco,  
En la mitad me pongo del camino,  
Y me lo dan por miedo á mi retaco;  
Y gastando á mi gusto lo que ahorro,  
Haciendo al rico guerra,  
Y fiado en la Virgen del Socorro,  
Me río de los reyes de la tierra.»—

Los bárbaros consejos del bandido  
De Manuel en el alma atravesada  
Entran cual aves en su propio nido;  
Y absorta la mirada,  
La mano, por oír bien, en el oído,  
Sin respirar y con la boca abierta  
Escuchándolos marcha embebecido.

Del éxtasis despierta  
Cuando el camino andado,  
—«Adiós—Joaquín le dice—si algún día,  
Hallándote cual hoy desesperado,  
Hicieses una buena valentía,  
En vez de ir á dar cuentas al Juzgado,  
Ven á darme en la sierra compañía.»—

Y dejando á Manuel atortolado  
Con tan rara propuesta,  
Monte arriba por riscos y jarales  
Á andar echó sin esperar respuesta.

Mascullando los términos brutales  
Del ladrón persuasivo,  
Dando Manuel de su idiotéz señales  
Sentóse en la vereda pensativo.  
De pronto corajudo:  
—¿Los mato?—preguntóse con anhelo,  
Volviendo á quedar mudo  
Con los ojos clavados en el suelo;  
Y alzándose después con arrebató,  
Amenazando con el puño al cielo,  
Se respondió frenético:—Los mato.—

JOSÉ VELARDE.

# EN EL MONASTERIO DE PIEDRA

## ANTE LA GRUTA

No es de agua el arco triunfal,  
Ni la ronca catarata,  
Ni la serpiente de plata,  
Ni venero, ni raudal;  
No es diluvio de cristal,



Ni tremendo cataclismo,  
Ni titán que de sí mismo  
Triunfa en la cumbre desierta;  
Es la cortina, es la puerta  
De la gruta..... y del abismo!!

Hundid, hundid las miradas  
Bajo aquel cóncavo techo

Y del caracol estrecho  
Torced las húmedas gradas.  
Barreras petrificadas  
Formaron troncos y hiedra;  
Templo que pasma y arredra;  
Todo un Universo en él,  
Y allí no hay más que un cíncel;  
La gota dando en la piedra!!

Un rayo, un rayo de sol  
En aquel antro que asombra,  
Y el Iris desde la sombra  
Tejerá su tornasól.

Agua azul, tibio arreból,  
Onda en círculos distinta;  
Siempre que el Iris os pinta,  
Cuelga con matiz flotante  
En cada gota un brillante,  
En cada piedra una tinta!!

Sobre la bóveda, el río  
De lecho y de cauce falto,  
Se vuelca en terrible salto  
Al pie del antro sombrío!

Loco, al sentir el vacío,  
En diluvio se desata;  
Y en arco triunfal de plata,  
Forma, en impalpable bruma,  
El amplio telón de espuma  
De la hirviente catarata!!

Pueblan la gruta infinita  
Los hornos en que se fragua  
Dentro del taller del agua  
La pálida estalactita!

Voz recóndita palpita  
En las paredes talladas;  
Donde surgen dibujadas  
En petrificados eromos,  
Las leyendas de los gnomos  
Y los cuentos de las Hadas!!!

En aquel perpetuo hervir,  
En el salto del coloso,  
No hay un libro más hermoso  
Para el que sabe sentir!!

Aunque lo intentéis fingir,  
No hay pluma que lo describa ;  
Por más que el alma conciba  
Ante aquel profundo tajo,  
No podéis mirar abajo  
Sin *acatar* lo de arriba!!



La soñolienta plegaria  
De aquel eterno zumbido ;  
El crepúsculo escondido  
En la gruta solitaria!

La visión imaginaria  
De algo sobrenatural;  
Aquel velo funeral  
Que alza la sombra al crecer,  
Os finge el anochecer  
Dentro de una catedral!!!

En aquellas aguas quietas  
Se dibujan silenciosas  
Las esmeraldas verdosas  
Y las moradas violetas!  
Todas las tintas secretas  
Con que el Iris arrebatada,  
Allí el raudal las retrata ;  
Bañándolas, por decoro,  
El sol en rayos de oro ;  
La luna..... en hilos de plata!!

Para la pompa y grandeza  
De aquella gigante boca  
Que con el agua y la roca  
Formó la Naturaleza ;  
Para la inmortal belleza  
De aquel múltiple arrebol ;  
Para el rico tornasol  
De aquel mágico espejismo,  
No hay más casa que el abismo,  
Ni más lámpara que el sol!!!

De la vida en la jornada,  
Del mundo por el camino,  
No te mueras, peregrino ;  
Sin ver la gruta soñada!!  
Ante la inmensa cascada  
Nos postraremos los dos,  
Para contemplar en pos  
Del alto raudal bravío,  
Fuera de la gruta... el río ;  
Dentro de la gruta.... à Dios!!!

ANTONIO F. GILLO.



# CADENA ETERNA

¡Oh tú, la de mis sueños arrobadores,  
Digna de ser amada con mil amores;



Oropéndola, flor, linfa, armonía,  
Y para mí señora del alma mía!

Para que no te ufanes, ya que te ufanas,  
De ser libre á las tardes y á las mañanas,  
Mientras yo de tu hechizo vivo, cobarde,  
Esclavo á la mañana como á la tarde,  
Sabe que *nada* es libre, ni aun el anhelo  
Que impulsa á los suspiros con rumbo al cielo;  
Sabe que la versátil mariposilla  
Al amor de los lirios cede y se humilla,

Aunque todo el espacio ancho y vacío  
Es la cárcel abierta de su albedrío;  
Que el viento (ya el travieso de los verjeles  
Que trasciende á tomillo, mirto y claveles,  
Ora el del camposanto, el quejumbroso  
Que á los pinos sacude de su reposo)  
Encadena sus giros y veleidades  
Al amor de florestas y soledades;  
Sabe que la gacela ágil é ingrata  
Es la esclava del río que la retrata;  
Del peñasco, la espuma; la yerta rama,  
Del fuego que la besa con roja llama,  
Y del montón de hojuelas secas, fugaces,  
Son esclavos los mirlos y las torcaces.

¡Oh tú la de mis sueños arrobadores,  
Más libre que las brisas y que las flores!  
Sabe que ni eres libre, ni habrás ventura  
Si soñar tal quimera tu afán procura.

¿Y cómo puedes serlo, si en tí domina

Tu misma gentileza que me fascina?  
Deja escapar de tu alma ese perfume  
Que ni le hay máspreciado, ni se consume;  
Y pues eres mi numen de culto inmenso,  
Para tí seré siempre himno é incienso;  
Tú, mi logrado ensueño de poesía;  
Yo... tu esclavo, señora del alma mía!

F. LÓPEZ CARVAJAL.

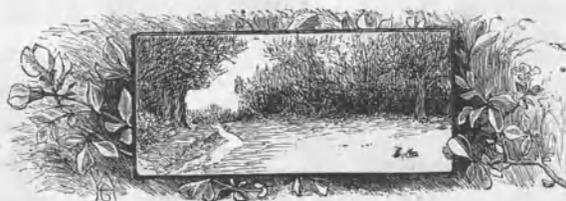
## INOCENCIA PERDIDA

¿Recuerdas, linda Irene,  
 Las dulces alboradas  
 En que los dos corríamos  
 Por valles y montañas,  
 Sin nubes en el cielo  
 Ni penas en el alma?  
 ¿Recuerdas que tuvimos,  
 Presa de horribles ansias,  
 Que dejar cierta tarde  
 La campiña adorada,  
 Y lívido é inquieto,  
 Tú asustadiza y pálida?  
 ¿Quién nos robó la dicha?  
 ¿Quién encendió esta llama,

Por su origen señora,  
 Por nuestra culpa esclava,  
 Que alegre y entristece,  
 Que vivifica y mata?

.....  
 Errantes golondrinas  
 Que tornan á la playa,  
 Volaron á su cuna  
 Los años de la infancia,  
 Tanto más venturosos  
 Cuanto más cerca se hallan  
 Del Hacedor Supremo  
 Que reverbera en ellos su mirada.

ABBÓN DE PAZ.



## LA OLA NEGRA

Gritos de horror, lamentos y gemidos;  
 Tempestad en los aires y en las almas.  
 La ola negra terrible y silenciosa,  
 Avanza, avanza, avanza.

Los cerebros se rompen; las conciencias  
 Envueltas en las sombras agonizan;  
 Los corazones yertos desfallecen....  
 ¡Todo cruje y vacila!

Hasta la hermosa juventud sucumbe  
 En el naufragio horrendo, el pecho herido  
 Por la insaciable garra de pantera  
 Del torpe escepticismo.

Desquiciada la ciencia se derrumba;  
 La matrona del arte, ayer excelsa,  
 Rueda en el turbio lodazal, quebrada  
 La corona de estrellas.

¡Todo se desespera, gime y llora!  
 En la inmensa catástrofe naufragan  
 La virtud, el amor, el entusiasmo,  
 La gloria, la esperanza.

Y sobre la ola negra que va hundiendo  
 Templos y tronos, pueblos y naciones,  
 Flotan los cuerpos lívidos y helados  
 De los vencidos dioses!

Gritos de horror, lamentos y gemidos;  
 Tempestad en los aires y en las almas.  
 La ola negra, terrible y silenciosa,  
 Avanza, avanza, avanza.

MANUEL REINA.

Madrid, 1.º Junio 1887.

## BELLAS ARTES



«LA SERENATA.»

(Cua Iro de Vibert.)

## FÁBULAS EN PROSA

El avispero y la colmena. — La bala y el blanco. — La verdad embellecida. — La forma de las nubes. — El cuerpo y la sombra. — La falsa delicadeza. — El cerezo. — ¡A la hoguera! — Las costas del pleito. — La oruga cometa. — Amor volando. — Juguetes e históricos. — Un rey popular. — Los salvadores.

## EL AVISPERO Y LA COLMENA.

Anidaron las avispas en un corcho de colmena, y revoloteaban sin cesar alrededor, y entraban y salían y defendían su casa como hacen las abejas.

— ¿Qué os parece nuestra casa? — dijo una avispa á una abeja vecina.

— Es de igual construcción y tamaño que la nuestra; pero ¿tenéis muchos panales, cera y miel?

— ¿Qué son cera y miel?

— Son la riqueza que elaboramos con nuestro trabajo.

— No; nuestra casa está vacía...

— ¿Y para eso tenéis tanta casa? Yo creo que os bastaría un agujero.

Entre el pueblo que produce y el que imita sin producir, hay la diferencia que entre el avispero y la colmena.

## LA BALA Y EL BLANCO.

— Si, sois perversas y dañinas por instinto, y me detestáis y gozáis en magullarme — dijo á la bala el blanco dolorido, alzando de mala gana la bandera que indicaba el acierto y buena puntería del tirador.

— ¿Qué sería de tí — repuso la aplastada bala con voz triste — si tuviéramos la mala intención que nos atribuyes? ¿No sabes que en las batallas pasamos la mayor parte entre los ejércitos sin hacer ningún daño, resistiéndonos á matar? ¿No ves que nos dirigen contra tí y hacemos todo lo posible por no darte? Sin nuestra naturaleza pacífica ¿quedarían muchos hombres? ¿No estarías tú deshecho?

Y silbaban entretanto muchas balas sin dar nunca en el blanco, pero á cada momento caían ramas heridas, saltaban del suelo piedras rotas y se desconchaban las paredes. Cesó por fin el ejercicio de fuego, sin que el blanco alzara la bandera por segunda vez.

— ¿Te convences de tu injusticia? — le dijo la bala magullada. — Mira cuánto destrozo en todas partes y qué intacto te dejan los disparos. Siempre se han de quejar los que menos daños sufren. A nadie respetamos tanto las balas como al blanco.

## LA VERDAD EMBELLECIDA.

— Mucho debo ser, cuando la Providencia me regula de este modo: me puso casa con una hermosa bóveda y de una sola habitación para que no me molestaran los vecinos: no me dió pies, para indicarme que no necesito andar como tantos infelices, para ganarme la vida: abro mis puertas cuando quiero, y entra la luz, que viene de muy lejos, para alumbrar mi casa: ese mar tan grande y de tan mal genio me trae todos los días como un esclavo la comida, y paso mi existencia durmiendo y despertando con sosiego, en una cuna de nácar, envuelta en mi manto transparente.

— ¿Quién cuenta tales grandezas en este rinconcito de mar? — dijo un joven cangrejo. — Deben ser embustes.

— No: todo lo que dice es cierto, pero muy embellecido, — respondió un cangrejo sabio.

— ¿Me puede usted decir quién es esa princesa?

— Esa princesa es una ostra.

## LA FORMA DE LAS NUBES.

— ¿Qué te parezco en este instante? — dijo la nube al aeronauta.

— Una ballena.

— ¿Y ahora? — repitió un momento después.

— Una montaña oscura.

La nube, movida por el viento, se extendió, y la luz del sol la coloreó de rojo y amarillo.

— Ahora pareces la bandera española.

No bien dijo aquello el aeronauta, la nube, volviendo á deshacerse, tomó el aspecto de una cascada de fuego mezclado con espuma.

— Mantente en ese estado — dijo el hombre; — deja que admire esa decoración maravillosa.

Pero la nube se había convertido en una fragata que flotaba por el espacio con todas las velas desplegadas.

— Contén los vapores — repitió el hombre — para que no deshagan esa nueva forma: quiero tomar un croquis.

— Es imposible — respondió la nube. — ¿Ves? Me he convertido en serpiente.... ahora soy una falda de encaje; admira la variedad y riqueza de mis formas.

— Pero ¿cuál es la tuya natural?

— ¿Acaso lo sé? Todas y ninguna: las que me dan la luz, el viento y el capricho.

— ¿Habrá en el mundo — dijo el aeronauta al tocar tierra — nada tan inconstante y variable como la nube?

—Si—le contestaron—en tu imaginación y en la de todos. Sólo varia en el nombre, porque le llamamos el capricho.

### EL CUERPO Y LA SOMBRA.

El cuerpo estaba muy disgustado de la compañía de la sombra. Caminaba hacia el sol, y la sombra le seguía: volvía la espalda al sol cuando andaba, y la sombra iba delante. Se paraba, y la sombra también se detenía. Un día no pudo más, y dijo á la sombra con tono descortés:

—Retírate de una vez. Quiero estar solo.

—No puedo dejarte: tengo obligación de ir contigo á donde vayas.

—Me retiraré de tí.

—No lo conseguirás: soy tu compañera de cadena en este mundo.

—Saldré al sol cuando éste caiga sobre mí verticalmente desde el cenit.

—Y estaré bajo tus plantas.

—Pasearé siempre en el crepúsculo.

—Y te seguiré disimuladamente en la penumbra.

—Cerraré de noche mis puertas y ventanas y no encenderé luz en mi alcoba.

—Entonces serás mío por completo y te estrecharé tan íntimamente, que no habrá un solo punto de tus formas libre de mi abrazo.

—Me mataré.

—Y me acostaré al lado de tu cadáver: y si te entierran, te envolveré en el sepulcro, y cuando exhámen tus restos me dividiré en tantas partes como ellos; y rodaré con tu cráneo y haré guardia á tus últimos despojos mientras existan sobre la tierra.

—¿Y mi alma?

—Esa te abandonará para irse al mundo de la luz: tú eres esclavo de la sombra.

### LA FALSA DELICADEZA.

—¡Sucio! ¿no ves que me estás manchando y me pones perdida?—dijo al rosal la calle emarenada de un jardín.

—¿No te pisan las gentes y no te quejas?—respondió el rosal.—Singular delicadeza la tuya. Sufres con calma que te manchen con la suela del calzado, y te ofende que caigan sobre tí hojas de rosa delicadas y aromáticas.

### EL CEREZO.

Cuando Pedro era un chiquillo, le dijo su abuelo:

—Hoy que es tu santo, planta un árbol en la huerta, y cuando seas mayor, te dará fruto y sombra y será una propiedad.

Perico, que era un chico obediente, plantó un cerezo, y le regaba y cuidaba con esmero, pero era un desgraciado.

—¿Se secó el árbol?

—Al contrario, prosperó como ninguno; y dió cerezas tan ricas, que el padre del muchacho hizo con ellas un regalo al

alcalde: al año siguiente Perico no las pudo probar porque cayó soldado: cuando volvió á su pueblo, después de rodar por el mundo muchos años, era casi un viejo, y nunca pudo evitar que los muchachos se le comieran la fruta antes de estar madura.

Quiso un año defenderla, y los mozos del lugar le dieron tal paliza, que quedó baldado para siempre: los mozos que le baldaron, todos llevaban varas del cerezo que plantó.

### ¡A LA HOGUERA!

—Ven aquí, mariposa, que no quiero dormir por el gusto de alumbrarte—decía el gusano de luz;—son tus alas tan blancas como las hojas del jazmín, y tienen una franja de un color de fuego, que sólo le he visto igual en el cielo y en tus alas. Mi luz cae sobre las hojas festoneadas de este clavel doble, para que te detengas y aspire su aroma y sorbas la miel que hay en sus venas. Ven, mariposa, y agita tus alitas sobre mí, y perfuma estas ramas con el polvillo de rosa que esparces al volar.

—¡Já! ¡já!—respondió la mariposa.—¡Vaya una luz la tuya! mira hacia arriba y compara esas luces con tu pobre candelija.

—Ya lo sé: allí brillan las estrellas y luceros; pero están muy lejos y no podrias alcanzarlas.

—¿Y aquella flor de luz que hay en el jardín envuelta en un palacio transparente?

—Esa luz quema, es un farol de gas; no acerques á él tu cuerpo delicado.

—¿Quieres que me resigné á esta obscuridad? ¿No dices que soy linda? ¿que tengo un traje hermoso? ¡Adiós!

—¿A dónde vas?

—A brillar un momento y desaparecer entre las llamas.

### LAS COSTAS DEL PLEITO.

Subía el gusano de luz por las ramas de un fresno para evitar, á buena altura, el pico de un gallo que se había salido del corral, y al revolver una hoja tropezó sin querer con la cantárida.

—¡Aparta, farolero!—dijo ésta despertando con mal humor;—si no ves de día, enciende tu linterna.

—¿Mi linterna? Ya quisieras tener ese adorno, que sólo tienen las estrellas en el cielo; con ella doy luz de noche, y alumbró algunas veces á un sabio amigo mío cuando no tiene vela para escribir. Tú eres inútil.

—No es verdad; mi cuerpo se le disputan los boticarios apenas muero, para medicina. ¿Quién te busca ni repara en tí cuando se apagan tus faroles?

—Pero tú eres como el avaro, que necesitas perecer para que aprovechen tus despojos.

—¿No es mejor ser útil después de existir que brillar en vida?

—Bajad aquí—dijo el gallo alzando el pico—y yo sentenciaré ese pleito.

—¡Que más quisieras sino que bajásemos, para resolver la cuestión con un par de picotazos! ¡Vaya un juez!

—Para que veáis mi desinterés, decidiré desde aquí sin

exigiros adelantos. Tú, gusano de luz, eres útil, celebrado y brillante mientras luces; es un mérito. Tú, cantárida, tienes un valor medicinal después de muerta; es otro mérito también; pero uno y otro sois incompletos: el verdadero saber consiste en ser útiles en vida y después de la muerte, como yo.

—¿Pues para qué sirves?—dijeron á la vez los coleópteros.

—Mientras vivo, defiendo y aumento el gallinero, y soy de noche un cronómetro; cuando muero, preguntad á los hombres á qué sabe el gallo con arroz. He fallado en justicia: si sois honrados, bajad á entregar vuestros cuerpos en pago de honorarios.

### LA ORUGA COMETA.

Descolgábase del árbol una oruga sujeta al hilo que iba formando trabajosamente con su baba. Pero el viento, encorvando la delgada hebra, arrastraba al insecto por el aire, jugando con él y columpiándole.

—¿Qué he hecho!—decía la pobre oruga quejándose de su suerte.—Quise descender al suelo y me remonto hacia las nubes, y mi cuerpo está á merced del primer pájaro hambriento que me vea. Vuelo sin alas, y cuanto más hilo saco más me elevó.

El insecto ascendía como sube una cometa mientras no se agota su bramante.

Así pasaron largas horas, hasta que el viento se calmó, y la oruga, cansada y dolorida, pudo ganar la tierra y refrescar y extender su cuerpo en una hierba.

—¡No eres poco delicada!—dijo otra oruga que la vió;—cualquiera diría que has hecho un gran viaje; cuéntale tus trabajos á quien no haya bajado del árbol como yo; sé muy bien que basta sujetar el hilo en una rama y dejarse caer poco á poco, porque nuestro peso mismo nos lleva á tierra en un momento.

Casi todas las orugas atestiguaron lo mismo y consideraron á la primera como una embaucadora.

—¡Habrás visto la embustera!

—¿Pues no sostiene que ha volado como un ave?

—¡Olé por la mariposa!

—¡Qué cosas tan raras suceden en el mundo!

—No hagas caso á esas imbéciles—dijo un saltamontes;—he corrido mundo y he visto cosas más extraordinarias y difíciles.

El vulgo que marcha acompasadamente, no sabe lo que otros luchan para vivir, é ignora que quien arrostra los vientos de la vida puede volar más alto que los otros.

### AMAR VOLANDO.

—¿Dónde dejaste aquel que te requetraba hace un momento?—dijo la oruga á la mosca.

—¿Quién? ¿mi marido?

—¿Pues no eras soltera hace un rato?

—Es verdad; pero me he casado y soy libre otra vez.

—Luego ¿no le querías?

—Le he querido mucho; pero todo acaba tan pronto.... ya soy viuda.

—¿Ha muerto él?

—Entre nosotros el matrimonio es un abrazo; nuestra luna de miel pasa en un vuelo, y separarse un momento es enviudar. Si le veo esta tarde quizás no le conozca.

Hay muchas personas que aman de ese modo. ¿No es cierto, Magdalena?

### JUGUETES PREHISTÓRICOS.

Cuando el Señor creó la tierra de la nada y sacó de la tierra todos los vivientes, el planeta estaba inmóvil en el espacio, y en aquel mundo tranquilo los hombres y los animales morían de vejez.

Satanás estaba furioso con aquel sosiego, y convocó á sus espíritus para que aquello terminara.

—¡Satanás!—le dijo el ángel Gabriel;—todo lo que intentes para destruir la tierra se convertirá en un juego de muchachos.

El ángel caído, en su soberbia, no hizo caso del consejo y dijo á los diablos:

—Es preciso que destruyamos ese planeta; proponed medios.

—Sabed lo que dolería más en los cielos, que destruyeran la tierra sus propias criaturas,—dijo un demonio colorado.

—Es verdad; pero ¿quién de ellas será capaz de matar á su madre?

—¿No has reparado en una que se arrastra por los suelos?

—Es verdad; propongamos el asesinato á la culebra.

—¿Qué la ofreceremos?

—Aquello de que carezca.

Satanás voló á la tierra, dió un silbido, y todas las culebras del mundo salieron de sus antros arrastrándose y escucharon al demonio.

—¿Queréis tener piernas como los hombres ó como los cuadrúpedos?

—¡Sí! ¡sí!—silbaron á un tiempo todos los reptiles.—Queremos andar y no arrastrarnos.

—Pues cójase cada cual á la cola de una amiga, y rodear la tierra y oprinirla hasta que cruja y se deshaga.

Trescientos millones de culebras, formando una cadena, rodearon á la tierra dándole siete vueltas y apretándola á la vez con todos sus anillos. La tierra, que estaba tierna todavía, se retorció de dolor y empezó á llenarse de grietas por las cuales se despeñaron las aguas, y á formar jorobas en las que se refugiaron los vivientes.

Gabriel apareció y dijo á los reptiles:

—No os soltéis y apretad firme.

Y cuando estuvieron más tirantes, tomó el cordón de culebras por el cabo, y dando un tirón puso en libertad á la tierra, que salió dando vueltas por su órbita, mientras él blandía en el espacio el cable de reptiles que tenía 50.000 leguas de largo y perseguía á los demonios sacudiéndoles con él.

—¿No te dije que todo se convertiría en un juguete?—dijo el ángel á Satanás.—Has inventado el peón y el látigo; mira cómo se divierten con tu invención los muchachos de la tierra.

## UN REY POPULAR.

¡Qué alegría y qué fiestas hicieron los animales cuando destronaron al león!

Hubo conciertos de grillos, procesiones de hormigas, regatas de salmonetes y carreras de liebres: colgaron sus telas mejores las arañas; los escarabajos se untaron el cuerpo de charol; los monos dieron funciones de gimnasia, y los topes se pusieron gafas para verlo. ¡Qué colas tan vistosas arrastraron las culebras en los bailes, qué plumas de colores lucieron los guacamayos, y qué uniformes de plata y oro los faisanes!

Hicieron de gigantes los elefantes y jirafas, y de enanos los pájaros bobos y los sapos. Pronunciaron discursos loros y cotorras, y no hubo animal que no hiciese ostentación de sus habilidades, ni dejase de exhibir sus plumas, sus escamas y sus pieles más vistosas.

Trataron, en vista de la fiera del león, destronado con razón por sanguinario, de elegir un animal que no pudiese devorar á sus súbditos: un animal inofensivo y popular. Procedióse á la votación, y la pulga, que se metía por todas partes, fué elegida por humilde.

Y mientras atronaban el aire las aclamaciones de gruñidos, relinchos, rebuznos y chillidos de toda clase, murmuraba un perro viejo entre los suyos:

—No creo que hayamos mejorado de amo, ni que la pulga sea menos sanguinaria que el león: antes me parece que, siendo los leones pocos y las pulgas infinitas, más sangre sacan éstas que no aquéllos; sino que aquellos derraman la de algunos de un zarpazo, y éstas nos la sorben á todos gota á gota.

## LOS SALVADORES.

—¿Cómo tiene usted tan sanos y colorados á sus hijos?— había preguntado el día anterior una vecina al padre de Tomasito.

—¿Cómo? Dándoles á beber agua y vino en todas las comidas. El agua mezclada con vino refresca y alimenta, alega y da salud.

Aquella misma tarde, Tomasito, estando mirando en la pecera cómo nadaban los magníficos peces de colores, le pareció que estaban tristes. Una idea salvadora brotó en su mente, y para alimentar, refrescar y dar salud á los peces, vertió en su agua una botella de vino robada en la despensa.

¡Con qué placer admiraron los muchachos los diversos matices del agua según iba mezclándose con vino, y mucho más los rápidos movimientos de los peces, que empezaron á agitarse y dar vueltas desordenadas en aquel líquido asfixiante!

—¡Ya se alegran!

—¡Mira cómo corren!....

—¿Se habrán emborrachado?

Á las voces infantiles acudió el cochero, que era un grandísimo borracho, y al enterarse del hecho, dijo á los muchachos:

—Los habéis envenenado.

—¡Si papá dice que el agua con vino es un remedio!

—Para vosotros; pero es mortal para los peces. Yo los salvaré.

—¿Qué vas á hacer?

—Beberme ese agua y vino y echerles agua sola.

Y el cochero, que era un hombre bueno, alzó la pecera, la puso en su boca, miró al cielo y la secó de un solo trago.

Después echó á correr como un loco, pisando un anzuelo á los criados.

—¿Para qué?—le decían.

—Para metérmele en la boca; para pescar los peces que tengo en el estómago.

El infeliz se había tragado á los peces por salvarlos.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

